

UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN  
FACULTAD DE EDUCACIÓN  
PEDAGOGÍA EN ESPAÑOL

---



**CÓMO SE MANTIENE VIVA LA MEMORIA  
HISTÓRICA EN LA NOVELA: *EL BRUJO DEL ESCRITOR*  
CHILENO ÁLVARO BISAMA**

SEMINARIO PARA OPTAR AL GRADO DE LICENCIADO EN EDUCACIÓN

Profesora guía: Dra. María Luisa Martínez Muñoz

Seminaristas: Sebastián Danilo Pavez Jara

Henry Alexis Urrutia Vivallos

CONCEPCIÓN, 2019

## Índice

**Cómo se mantiene viva la memoria histórica en la novela: *El brujo* del escritor chileno Álvaro Bisama**

<b>Introducción</b>	<b>1</b>
<b>Marco teórico</b>	<b>3</b>
<b>1.1 Dictadura en Chile, antecedentes</b>	
<b>1.2 La novela testimonial</b>	
<b>1.3 Historia de Chiloé y construcción de la figura del “El brujo”</b>	
<b>Capítulo 1: La novela <i>El brujo</i> y su defensa de la memoria histórica chilena</b>	<b>14</b>
<b>Capítulo 2: La evolución del padre en el transcurso de la novela <i>El brujo</i></b>	<b>31</b>
<b>Conclusiones</b>	<b>57</b>
<b>Bibliografía</b>	<b>59</b>

## **Agradecimientos:**

### **Henry**

Primero que todo quiero agradecer a Dios, a mi familia, pero por sobre todo a mi mamá, quien fue la primera en creer en mí. De forma muy especial a la paciencia de la profesora María Luisa, ya que nos soportó durante dos largos años.

Hoy finaliza un proceso, el que tuvo altos y bajos, es extraño escribir esto, ya que con una mezcla entre alegría y nostalgia veo cómo quedan atrás los años académicos, esas largas noches de estudios que, en mi caso, estaban mezcladas con mi trabajo, pero que nunca fueron impedimento para cumplir con todo.

### **Sebastián**

Gracias a Dios por sobre todo en esta vida y a mi familia que siempre estuvo apoyándome en cada momento en este largo camino como universitario. Dar gracias a nuestros docentes y compañeros de carrera por cada aprendizaje que lograron transmitir de manera humilde y sensata.

Agradecer enormemente a nuestra querida profesora María Luisa, quien estuvo preocupada por nuestro trabajo investigativo, aportando con ideas y consejos que fueron fundamentales para poder terminar de buena forma esta etapa académica.

Finalmente, agradecer a amigos y seres queridos por la energía brindada a cada instante.

Muchas gracias.

## Introducción

Pensamos que debe ser difícil realizar investigaciones sobre algún tipo de tema social ocurrido durante los años 70 y 80 en Chile, y esto lo decimos de forma transversal, sin una posición ni tendencia política, ya que todas las personas en Chile de una u otra forma estuvieron bajo una Dictadura. Es por ello que resulta complejo cómo debió haber sido vivir en esa época en el país. Este trabajo no tiene por objetivo realizar una indagación propiamente tal de hechos históricos, ya que eso pertenece netamente a otra área del conocimiento.

En este trabajo se quiere demostrar cómo a través de la literatura, el escritor y académico chileno. Álvaro Bisama trata de mantener viva la memoria histórica de un país, en donde al parecer la amnesia atacó, porque se quiere olvidar una época muy oscura, la que nadie querría que volviese a suceder. Pero al hacer esto se estaría jugando con fuego, lo dijo Confucio (551 – 479 a.c) alguna vez “El pueblo que no conoce su historia está condenado a repetirla”. Es por ello que nosotros tomaremos prestados algunos elementos históricos de la misma manera en que el autor de la novela los utilizó para poder ir gestando por medio de la literatura lo que queremos defender en esta indagación.

Hoy no existen muchos trabajos que estén enfocados netamente hacia las obras de Bisama y eso lo podemos asociar a que es un escritor relativamente joven, pero eso no se refleja en la venta de sus libros, ya que estos se agotan muy rápido. De hecho, nosotros íbamos a trabajar con otro libro, pero estaba agotado; así que tuvimos que recurrir a la segunda opción. Es por esto que señalamos que no existe mucha bibliografía sobre este escritor o sus obras; por esta razón es que haremos lo posible por no dejar ninguna idea sin un sustento teórico, ya que nuestro propósito principal es estudiar un autor poco conocido y ojalá en el futuro se sigan desarrollando investigaciones, sobre las obras de este autor chileno.

Es importante señalar que el trabajo de Bisama no es de historia pura, o sea que no es un historiador, sino que escribe novelas que se ambientan y se desarrollan en ese Chile sumido por la represión. Es por esta razón que se decidió trabajar con su obra titulada: *El Brujo*. Novela en la que se va relatando la vida de un hombre, quien por el azar se convierte en un fotógrafo en plena Dictadura y es testigo presencial de la represión y la violencia que invadía a Chile y, en específico, a Santiago durante la década de los 80. Él decide escapar porque toda la violencia que había retratado con el lente de su cámara lo estaba devorando

por dentro. Este hombre corría por las calles de Santiago detrás de la represión. Una de las tantas fotografías le cambiaría la vida. En ella se veía un acto represivo por parte de unos Carabineros hacia una mujer. Esto sería el causante de que fuese detenido, torturado y liberado. Si bien no corrió con la misma suerte que varios de sus compañeros de labores, su vida fue degradándose, se fue alejando de su centro y nada lo hacía entrar en razón. Estaba muerto en vida.

Si bien han pasado varias décadas desde que se acabó la Dictadura, aún están vivas las cicatrices, aún está esa herida que, por más que pasen los años, no logra cerrar. En ningún momento nuestra intención es mostrar un sesgo ideológico en el trabajo, ni menos pretender mostrar a unos como malos y a otros como buenos.

Para nosotros es muy importante contribuir con un pequeño granito de arena para que no se olvide lo que sucedió y no porque pensemos que debe existir un grado de resentimiento, sino porque aún hay quienes no tienen una cuota de consuelo, hay quienes no saben qué sucedió con su familiar, o con el amigo que un día vieron por última vez sin pensar que sería el último. Cuando por fin se sepa qué ocurrió en Chile, podremos decir que la Dictadura realmente se acabó y estaremos avanzando hacia una reconciliación.

Es significativo recalcar de que, si bien ninguno de los que realiza este trabajo fue testigo de lo que ocurrió en Chile en época de Dictadura, no es muy difícil hacerse una idea a través del relato de familiares, vecinos o entrevistas que están disponibles en Internet. Pero nosotros, junto a las nuevas generaciones a partir de los años 90, somos parte de aquellos que vivimos las consecuencias de lo que ocurrió, ya que en los años 80 se redactó una Constitución, la que hasta el día de hoy nos rige.

## **Marco teórico**

## 1.1 DICTADURA EN CHILE, ANTECEDENTES

Entre las décadas de los años 70-80 muchos países latinoamericanos sufrieron quiebres en sus democracias cayendo en manos de regímenes militares. Entre estos países es posible encontrar a Argentina, Bolivia, Perú, Uruguay, y Brasil. Como característica común a toda Dictadura se puede reconocer la utilización de diferentes formas de represión y violación de los derechos humanos. En Chile, el día 11 de septiembre del año 1973, las fuerzas armadas se rebelaron contra el poder gubernamental a través de un “golpe militar”, terminando con la democracia existente durante décadas. Este hecho también representó el quiebre del gobierno de la Unidad Popular (UP), del Presidente Salvador Allende Gossens, quien había sido electo de manera democrática el año 1971; da paso a una Dictadura de carácter cívico-militar encabezada por el General Augusto Pinochet (Comandante en Jefe del Ejército de Chile), Almirante José Toribio Merino (Comandante en Jefe de la Armada), General Gustavo Leigh, (Comandante en jefe de la Fuerza Aérea) y el General César Mendoza (General Director de Carabineros).

Dicho régimen tuvo el control del país durante 17 años, llegando a su fin el día 11 de marzo de 1990, día en que el candidato electo Patricio Aylwin era investido como el nuevo presidente de Chile. De esta forma se volvía a la democracia en el país.

El golpe militar no puede catalogarse como un acontecimiento repentino, ya que desde el primer año de gobierno del presidente Allende, era posible reconocer indicios de ciertos bloques de poder que más tarde buscarían desestabilizarlo social y económicamente para llevarlo al fracaso. Dentro del panorama político de la época es posible reconocer dos grandes facciones: la izquierda, quienes apoyaban el gobierno de Allende, y la derecha, representante de la oposición. En ambos grupos existían los llamados *brazos armados*, grupos extremistas encargados de llevar la contienda política a las armas; en este contexto destacan por la izquierda el MIR y por la derecha Patria y Libertad.

Ante el inminente surgimiento de una guerra civil entre ambos grupos, una parte de la población nacional veía como real la posibilidad de un alzamiento militar.

Para ilustrar lo mencionado se tomará un fragmento de la entrevista realizada por el académico de la Universidad de Concepción Mario Valdés Urrutia, enmarcada en una investigación titulada: “*El golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 en Concepción*”

(Chile). *Las voces de los testigos*” (2012). Ninette Lewis Rimond, hija de un matrimonio extranjero residente en Coronel durante la época del 70, afirma:

Esto fue como una bola de nieve (...) se iba agrandando y ya no solo los conflictos se remitían a los del MIR y a los de Patria y Libertad, no. La situación cambió y ahora eran las mujeres, los estudiantes y todos los que no pertenecían a ningún partido político los que protestaban y pedían un cambio, incluso la misma gente era la que pedía que los militares se hicieran cargo de las riendas del país. La realidad interna había cambiado un poco, pasó del festejo de un Gobierno marxista elegido democráticamente a una tristeza colectiva que solo llenaba de más conflictos a la nación. Era obvio, todo el mundo sabía que algo iba a pasar, si no era una guerra civil, iba a ser un cambio más radical, con más fuerza y más orden.

Los grupos económicos (nacionales e internacionales) se vieron duramente afectados por las políticas del gobierno de la UP, que buscaban nacionalizar empresas estratégicas que hasta entonces pertenecían a extranjeros y a la burguesía chilena. Ante esto se unieron con la finalidad de impedirlo. En este contexto, los paros gremiales de camioneros provocaron un desabastecimiento generalizado, desencadenando diferentes manifestaciones a lo largo del país y creando el escenario propicio para un levantamiento militar. La instauración del régimen militar detuvo los paros gremiales y el desabastecimiento, al mismo tiempo que ejerció una fuerte restricción de libertades a través del establecimiento del Estado de Sitio sobre todo el territorio nacional, la clausura del Congreso Nacional, suspensión de los partidos políticos, la censura de los medios de comunicación y la persecución y represión de los grupos contrarios a la Dictadura, liderada por Augusto Pinochet. La persecución se centró mayoritariamente en las poblaciones periféricas, realizándose allanamientos y detenciones tanto de niños, niñas, jóvenes, hombres, mujeres, etc, quienes posteriormente fueron torturados y/o ejecutados. Según el sitio web “Memoria Viva” en Chile existieron 1172 lugares en donde se llevaron a cabo interrogatorios, torturas y otros vejámenes a los/as detenidos/as. Entre los más emblemáticos se encuentra el Estadio Nacional, utilizado como tal hasta 1974. En palabras del ex comandante (r) César Manríquez Bravo (2009), “era un escenario dantesco debido a la gran cantidad de prisioneros, 5.600 según mis cálculos” (Memoria Viva, 2018. Recuperado el 29 de noviembre de <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-92649.html>).

Luego continúa diciendo que:

“En su interior, los detenidos eran sometidos a torturas eléctricas y golpes, a vejaciones psicológicas, mala alimentación y a hacinamiento, situaciones que llevaron a la muerte a varias decenas de ellos. Los lugares de detención eran camarines, salones y baños. Los tiempos de reclusión en el recinto eran variables: algunos eran liberados después de algunas semanas, otros eran trasladados hacia campos de concentración fuera de Ñuñoa” (Memoria Viva, 2018. Recuperado el 29 de noviembre de <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-92649.html>).

Según el sitio: Mapuexpress en su artículo “Memoria viva, memoria activa: Fragmento de la realidad, a 42 años del Golpe de Estado, exhibición en Museo Regional de Temuco”, las principales agencias de inteligencia encargadas de detener, torturar y asesinar a opositores fueron: el Servicio de Inteligencia Militar (S.I.M.), Servicio de Inteligencia Naval (S.I.N.), el Servicio de Inteligencia de Carabineros (S.I.CAR.), el servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea (S.I.F.A.), la Dirección Nacional de Inteligencia (DI.NA.), El Comando Conjunto, la Central Nacional de Informaciones. (C.N.I.), la Dirección de Comunicaciones de Carabineros (DI.COM.CAR), y el Comando de Vengadores de Mártires (CO.VE.MA.).

La presión internacional y el alzamiento interno hacen que en 1988 Augusto Pinochet tome la decisión de convocar un plebiscito en el que el pueblo chileno decidiría si el régimen debía seguir, mediante la opción “SÍ”, o volver a la democracia, mediante la opción “NO”.

Según los resultados oficiales, la opción SÍ obtuvo un 44.01% de los votos y la opción NO, un 55.99%, poniendo término al régimen militar.

Hasta el día de hoy no existe consenso en la cifra de víctimas del régimen militar; no obstante, de acuerdo al segundo informe de la Comisión Valech, reconoce un total de 40.018, de los que cerca de 1.200 corresponderían a detenidos desaparecidos (DD.DD).

## 1.2 LA NOVELA TESTIMONIAL

A modo de contextualización del problema que abordaremos en esta investigación nos centraremos en analizar cómo el escritor chileno Álvaro Bisama, a través de la literatura



pretende mantener viva la novela testimonial. Específicamente en su novela *El brujo*. Pero antes, es importante indicar qué es una novela testimonial, desde sus orígenes (Segunda Guerra Mundial) hasta su arribo en América Latina (Post-Dictadura Militar). De esta manera, nos centraremos en el origen de la novela testimonial, cómo se desarrolló en el tiempo, situándonos en los años setenta, ochenta y principios del siglo XX particularmente. Consideramos el término *novela testimonial* como un binario de historia y memoria que, con el pasar del tiempo, genera una constante ‘hibridación’ a través de la lectura que diversas disciplinas puedan hacer del concepto.

Para comenzar, debemos aclarar que la novela testimonial sugiere una complejidad a la hora de concretizar un único concepto correctamente aceptable: “Porque, en función del área geográfica a la que nos refiramos y de la especialidad del crítico, el testimonio aparecerá vinculado al periodismo, a la etnografía, a la historia, a la política o a la literatura; o bien se considerará un espacio híbrido” (Acedo Alonso, 2017). Frente al amplio abanico de disciplinas nos acomoda aceptar el concepto de la novela testimonial como un híbrido, donde confluyen distintos pensamientos y vivencias del quehacer cotidiano.

El concepto de testimonio nace principalmente desde la represión social hasta la culminación de la Dictadura. Mediante lo aseverado en 1986 por René Jara y Vidal al creer que:

Una definición del testimonio debería tal vez apuntar —además de los datos ya mencionados [el testimonio es una forma de resistencia y un proyecto de futuro]— hacia la peculiaridad de su origen. Es, casi siempre, una imagen narrativizada que surge, ora de una atmósfera de represión, ansiedad y angustia, ora en momentos de exaltación heroica, en los avatares de la organización guerrillera, en el peligro de la lucha armada. Más que una interpretación de la realidad esta imagen es, ella misma, una huella de lo real, de esa historia que, en cuanto tal, es inexpresable. La imagen inscrita en el testimonio es un vestigio material del sujeto (Jara y Vidal, 1986: 2).

De esta forma se genera una interpretación comprensible ante el pesar que siente el sujeto olvidado que busca ser rescatado de su olvido, vuelto a la memoria por medio del testigo que encuentra en sus palabras la continuidad de una historia fragmentada por la indiferencia de un grupo de individuos opresores. Frente a esto es significativo situar que “la

idea del testimonio que aquí se baraja queda reducida a una parte de la producción testimonial, en la que, debe subrayarse, la crítica ha reparado con diferencia respecto de aquellos otros testimonios escritos por supervivientes del terrorismo de Estado que se extendió en países como Brasil, Paraguay, Argentina, Chile, Uruguay durante los años setenta y ochenta” (Acedo Alonso, 2017: 48).

Las bases que generaron la creación de una novela testimonial vienen a sustentarse a través de toda la vivencia de sufrimiento transmitida en países bajo régimen militar entre los años setenta y ochenta respectivamente. Frente al aporte que tuvieron diversos sectores que conformaban el recuerdo, fue necesario considerar lo dicho por Christina Dupláa: “El testimonio o discurso-testimonio es un mensaje, la mayoría de las veces verbal, que pretende verificar unos hechos ocurridos y vividos por un actor o actora-testigo que, por razones ideológicas, no han quedado recogidos en la historia colectiva de la humanidad.” (Dupláa, 1996: 28)

Al romper con el recuerdo que pudiese testificar respecto de lo sufrido en cuerpo y mente, por medio de una sociedad anulada, privada de ayudar a quien fuera cegado de opinión y sentimiento. Con el pasar del tiempo, ante los cambios efectuados entre los años setenta y ochenta, comprendiendo comienzos del siglo XX, la definición para novela testimonial más utilizada por la crítica sería la postulada por John Beverly:

“Una narración con la extensión de una novela o una novela corta, en forma de libro o panfleto (esto es, impresa y no acústica), contada en primera persona por un narrador que es también el verdadero protagonista o testigo de los sucesos relatados, y cuya unidad narrativa es por lo general una ‘vida’ o una experiencia significativa de vida” (22).

La novela testimonial viene a ser la viva expresión de lo silenciado en una época más bien despojada del derecho a discernir lo bueno de lo malo para cada uno y teñida de ideologías políticas opuestas al bienestar de la sociedad en general. Esta propuesta literaria viene a entenderse como una ‘literatura de resistencia’, donde se encuentra la memoria y la historia. Se utiliza la testificación como medio de prueba fehaciente para poder luchar por la construcción del pasado quemado.

En términos de canon cultural la novela testimonial genera diferencias entre concebirla como propia de la literatura o más bien apegada a ideología: “Por esa razón, tendrá que tomarse en consideración el interés de la crítica literaria al interpretar el testimonio como

perteneciente a la literatura, así como la reticencia de algunos que lo ven más cercano a la historia política” (Acedo, 2017: 44).

Es necesario evidenciar que la novela testimonial ha unificado la relación de sujeto y testigo, comprometiéndose desde la literatura como un puente que se conecta directamente con la política de estado y sociedad. Así revive lo sufrido por las víctimas que buscan en los otros la liberación del pasado.

Anna Housková en 1992 plantea, a nuestro parecer, el principio constitutivo del testimonio: expresar la problemática de la colectividad en el mundo moderno, en forma de la experiencia de los que “no tienen voz”. Se trata de darles la voz a quienes participan en la historia sin participar en su interpretación (Housková, 1992: 68), idea que se refleja de manera clara en la narrativa de Álvaro Bisama a través de la novela “El brujo”, la que se analizará desde la siguiente perspectiva:

El ensayo de Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado: cultura de la memoria y giro subjetivo*, analiza la paradoja que se crea entre los años ochenta y principios del siglo xx, ya que el testimonio parece dotarse de una autoridad que le había sido sustraída a la historiografía, esto es, los relatos de la memoria acaban fagocitando al análisis histórico, según la teórica argentina, escritos con una exhaustividad y un rigor que no pueden encontrarse en los discursos forjados desde la memoria personal —que es también parte de la colectiva— como se encuentra en el testimonio (Acedo, 2017: 41).

Desde la visión crítica y reflexiva que nos entrega Beatriz Sarlo, comprenderemos la novela testimonial como una reinención ante las injusticias vividas en Latinoamérica por medio de las Dictaduras que sólo lograron quebrar las ideas y las vidas de las personas que no sentían propia la ideología del fusil. Porque, como bien nos aclara Sarlo: “El pasado es siempre conflictivo. A él se refieren, en competencia, la memoria y la historia, porque la historia no siempre puede creerle a la memoria, y la memoria desconfía de una reconstrucción que no ponga en su centro los derechos del recuerdo (derechos de vida, de justicia, de subjetividad)” (Sarlo, 2012: 9).

A través del recuerdo podemos comprender la vida como un proceso que se hace presente por medio del descontento. Y así también podemos considerar aspectos que no están al alcance de cada ser humano y que no se reflejan en el pensar común de un grupo que sólo acata lo que la fuerza de orden establece en la sociedad:

Del pasado se habla sin suspender el presente y, muchas veces, implicando también el futuro. Se recuerda, se narra o se remite al pasado a través de un tipo de relato, de personajes, de relación entre sus acciones voluntarias e involuntarias, abiertas y secretas, definidas por objetivos o inconscientes; los personajes articulan grupos que pueden presentarse como más o menos favorables a la independencia respecto de factores externos a su dominio (Sarlo, 2012: 13).

Mediante las Dictaduras que asolaron a América Latina, nos damos cuenta de que la novela testimonial se encargó de aclararnos algo: la idea de amigo y enemigo estaba teñida de ideología y el pensar diferente sólo serviría para vivir atrapado en la masa o morir libre entre los valientes que defendieron su punto de vista social, político y moral:

Durante la Dictadura militar algunas cuestiones no podían ser pensadas a fondo, se las revisaba con cautela o se las soslayaba a la espera de que cambiaran las condiciones políticas. El mundo se dividía claramente en amigo y enemigo y, bajo una Dictadura, es preciso mantener la convicción de que la separación es tajante (Sarlo, 2012: 23).

De esta manera, la novela testimonial cumple el rol sublime de justicia para quienes fueron doblegados a través de su pensar. Genera el testimonio una especie de prueba validadora para poder defender con justicia todo lo sufrido tanto en cuerpo como en espíritu. Bien lo aclara Sarlo:

El testimonio hizo posible la condena del terrorismo de estado; la idea del “nunca más” se sostiene en que sabemos a qué nos referimos cuando deseamos que eso no se repita. Como instrumento jurídico y como modo de reconstrucción del pasado, allí donde otras fuentes fueron destruidas por los responsables, los actos de memoria fueron una pieza central de la transición democrática, sostenidos a veces por el estado y de forma permanente por organizaciones de la sociedad (Sarlo, 2012: 24).

Es necesario señalar, además, que la condición de novela testimonial, mayormente desarrollada en Dictadura, se toma de la experiencia. No podemos separar cada vivencia de la memoria y la historia, ya que el testimonio toma vida desde lo que el otro vivió en carne propia. Por lo mismo:

La narración de la experiencia está unida al cuerpo y a la voz, a una presencia real del sujeto en la escena del pasado. No hay testimonio sin experiencia, pero tampoco hay experiencia sin narración: el lenguaje libera lo mudo de la experiencia, lo redime de su inmediatez o de su olvido y la convierte en lo comunicable, es decir, lo común (Sarlo, 2012: 29).

Hoy en día la novela testimonial se desarrolla de la siguiente forma:

La actualidad es optimista y ha aceptado la construcción de la experiencia como el relato en primera persona, aun cuando desconfíe de que todos los demás relatos puedan remitir de modo más o menos pleno a su referente. Proliferan las narraciones llamadas “no ficcionales” (tanto en el periodismo como en la etnografía social y la literatura): testimonios, historias de vida, entrevistas, autobiografías, recuerdos y memorias, relatos identitarios (Sarlo, 2012: 49).

Con las herramientas que nos brinda la novela testimonial es que se llevará a cabo una lectura más cuidadosa de la novela *el Brujo*. Porque es necesario continuar manteniendo viva la memoria histórica. No se puede olvidar que en América Latina se cometieron horribles crímenes, violaciones a los derechos humanos, todos estos amparados bajo Dictaduras militares:

Los crímenes de las Dictaduras fueron exhibidos en un florecimiento de discursos testimoniales, en primer lugar, porque los juicios a los responsables demandaron que muchas víctimas dieran su testimonio como prueba de lo que habían padecido y de lo que sabían que otros padecieron hasta morir (Sarlo, 2012: 61).

Es necesario considerar el potente mensaje que contiene la experiencia de vivir bajo una forma de ver la sociedad totalmente opuesta, como lo sería el caso de la época de Dictadura y la transformación del pensamiento con la vuelta a la democracia. Es importante destacar la postura de la novela testimonial como deseosa de justicia y reveladora de todo lo olvidado en tiempos donde el dolor del otro era la estabilidad social de unos pocos. De esta forma Sarlo nos plantea una novela testimonial ambiciosa:

En el límite está la utopía de un relato “completo”, del cual no quede nada afuera. La inclinación por el detalle y la acumulación de precisiones crea la ilusión de que lo concreto de la experiencia pasada quedó capturado en el discurso. Mucho más que la historia, el discurso es concreto y pormenorizado, a causa de su anclaje en la experiencia recuperada desde lo singular (Sarlo, 2012: 67).

### 1.3 HISTORIA DE CHILOÉ Y CONSTRUCCIÓN DE LA FIGURA DEL “BRUJO”

Este apartado tiene como finalidad explicar la conexión existente entre el concepto de “brujo” y la historia de Chiloé, con el objetivo de realizar el posterior análisis del personaje central en la obra de Bisama. Para ello, se han considerado dos ejes centrales: el primero de ellos corresponde a un breve repaso por la historia de la isla, mientras que el segundo, las teorías sobre el origen y construcción de la figura del brujo dentro de la comunidad chilota.

Según lo que señalan los licenciados y profesores de historia Alejandro Orellana y Felipe Montiel, la isla grande de Chiloé estaba habitada por tribus indígenas (chonos y huilliches), mucho antes de que llegaran los europeos a América. Esto lo señalaron en una reseña publicada en el año 2015 en el Museo de Castro.

La isla fue visitada por europeos que buscaban nuevas tierras para conquistar, o sea por exploradores:

La primera tripulación española en avistar Chiloé fue la de Alonso de Camargo en el año 1540, luego exploran el archipiélago Francisco de Ulloa en 1553 y Cortés Ojea el año 1557. Martín Ruíz de Gamboa y Avendaño, inicia la conquista de Chiloé en 1567, fundando la ciudad de Castro y bautizando la Provincia como Nueva Galicia, nombre que no prosperó y se continuó hablando de “Chiloé”, (que en lengua de nuestros antepasados significa “Lugar de Gaviotas”) (Orellana y Montiel 2015: 9-10).

También fue muy visitada en años posteriores por piratas, quienes llegaban a robar a la isla

Durante el siglo XVII, Chiloé fue acosado por piratas y corsarios europeos, especialmente holandeses como Baltazar de Cordes y Hendrick Brouwer, los cuales invadieron sucesivamente el archipiélago asaltando la ciudad de Castro, en el año 1600 y 1643 respectivamente, siendo derrotados y expulsados del archipiélago (Orellana y Montiel 2015: 9-10).

Chiloé después de grandes cambios políticos en su administración es anexado al Estado chileno. Según, Orellana y Montiel ocurrió de esta forma:

La En 1826 el archipiélago es anexado al Estado de Chile, luego de sucesivas campañas militares, las principales en 1820, 1824 (1° de Abril, Combate de Mocopulli) y la última en 1826. El 19 de enero de 1826, se firmó el Tratado de Tantauco, mediante el cual los territorios de Chiloé y sus habitantes pasaron a formar parte del Estado chileno. Es un Tratado internacional que se firmó entre Chile y España (Orellana y Montiel 2015: 9-10).

La Real Academia Española indica que el término ‘brujo, ja’ puede entenderse como:

1. adj. Embrujador, que hechiza.
2. adj. Chile. Falso, fraudulento.
3. m. y f. Persona a la que se le atribuyen poderes mágicos obtenidos del diablo.

4. m. Hechicero supuestamente dotado de poderes mágicos en determinadas culturas.

5. f. En los cuentos infantiles o relatos folclóricos, mujer fea y malvada, que tiene poderes mágicos y que, generalmente, puede volar montada en una escoba.

6. f. Mujer que parece presentir lo que va a suceder.

7. f. coloq. Mujer de aspecto repulsivo.

8. f. coloq. Mujer malvada.

9. f. lechuza (II ave).

10. f. Cuba. Tatagua.

(Diccionario de la Lengua Española, 2017. Recuperado el 29 de noviembre de 2018 de <https://dle.rae.es/?id=6B6n5sS>).

El hecho de que al término brujo/ja se le atribuya un carácter negativo tiene directa relación con la construcción que dicha palabra ha sufrido a lo largo de la historia. Dentro de la comunidad chilota, el concepto de brujo o hechicero ha estado presente desde tiempos remotos. Una de las principales causas del surgimiento y aceptación de la brujería tiene sus precedentes en la geografía del territorio chilote. Marco Antonio León afirma:

Inconvenientes cotidianos como la misma geografía –que hacía muy complicada la comunicación por tierra entre comunidades y sectores-, la lentitud, el mal estado o la inexistencia de buenos caminos, la falta de una presencia permanente de las autoridades y las vicisitudes climáticas; terminaron por crear un ambiente de vida rudo, precario, poblado por mitos y supersticiones de todo tipo, pero además por enfermedades y muertes (León, 2016: 2).

Es así como León nos explica que las apariciones y propagaciones de enfermedades dentro del archipiélago significaban para sus habitantes una problemática mayor a causa de la imposibilidad de acceder a atenciones médicas pertinentes, lo que conllevaba, en un gran porcentaje, la muerte de los afectados.

La figura del brujo surge entonces como un ente capaz de otorgar la sanación que los habitantes requerían, desplazando la labor médica tradicional. No obstante, el brujo representa también un ser ambivalente, quien posee por un lado la capacidad de sanar, y, por

otro, la de causar daño de manera intencional. Rojas Flores ha destacado como rasgo distintivo de la brujería chilota “la sorprendente posición social que llegaron a detentar los brujos, asumiendo importantes funciones al interior de sus comunidades” (Rojas Flores, 2002: 59). Por otra parte, Manuel Romo Sánchez realiza un trabajo de relación de significados, al conectar los términos brujo y hechicero.

El hechicero es el individuo que pretende poseer los secretos de la hechicería, esto es el arte mágico de hacer encantamientos rituales, conjuros, amuletos, talismanes, brebajes, ungüentos, etcétera, destinados a obtener algo paranormal o preternatural (Romo Sánchez, 1989: 5).

De esta manera entenderemos ambos términos como sinónimos, facilitando su uso en el desarrollo de lo planteado en la novela *El brujo* de Álvaro Bisama. Destacaremos la importancia de la geolocalización en la que surge el concepto de brujo para obtener un significado dotado de historias, propio de la Isla Grande de Chiloé.

## **Capítulo 1: La novela *El brujo* y su defensa de la memoria histórica chilena**

Nuestra propuesta de lectura de la novela *El brujo* de Álvaro Bisama es examinar los hechos acaecidos en una época muy particular en la larga historia de Chile. Es importante señalar que lo que ocurre en la década de los setenta y ochenta marca un antes y un después en la vida de cada uno de los habitantes de este país, desde ese tiempo hasta nuestros días, ya que ahí se sentaron las bases con las que aún se rige la forma en cómo deben vivir todos los ciudadanos en este país.



Al comienzo de la narración podemos encontrar la siguiente aseveración: “Los ochenta, una década de mierda” (Bisama, 2016: 19), generando un sentido de alerta ante lo que está por suceder. Asimismo, en la novela nos encontramos con algunos esbozos de lo que ocurre en los años setenta, pero se centra más específicamente en la década posterior: “A veces me preguntan por mi padre y lo que hizo. En respuesta, yo cuento esto para explicar qué pasó con él” (Bisama, 2016: 13).

En *El Brujo*, la voz principal no será el padre, sino su hijo, quien tomará la decisión de contarnos qué ocurrió con su progenitor. En ningún momento del relato se le da un nombre al padre, sino que siempre se le llama como tal, generando, por momentos, saltos temporales narrados desde la juventud del padre hasta la madurez del hijo o viceversa.

Lorena Amaro, en su reseña titulada “La enfermedad de la luz”, señala que en la novela nos encontramos con que:

Bisama ensaya nuevamente esta voz, a través del relato en primera persona de un hijo que cuenta la historia de su padre... Se trata de alguien que ha decidido narrar la historia de otro, un otro alucinado o perdido, que transita entre la maldición y el heroísmo. Esta vez ese otro es un padre (Proyecto Patrimonio, 2017. Recuperado de <http://letras.mysite.com/lama190417.html>).

Consideramos esencial validar nuestra visión desde el pasado hasta nuestro presente, utilizando la memoria y el pensamiento que, de manera particular, agobian la vida del padre que vive atormentado mientras observa cómo se va desarrollando un país que está siendo duramente azotado por una Dictadura, en tiempos en que la postura humanitaria se categorizaba sólo de manera extremista, como amigo o enemigo. De esta forma se suprimen los términos medios. Y esto según la postura que se tenía frente al régimen; es decir, se era partidario o detractor.

No será difícil hacernos una idea de cómo era el Chile de los años ochenta, ya que, en el transcurso del relato del hijo, él nos contará con lujos y detalles cómo era vivir en ese tiempo, a través de las vivencias de su padre:

Mi padre se convirtió en fotógrafo ahí, mientras se templaba en la calle, en medio de los gases y la mierda, en medio de las cargas de caballería de las motos y los autos blindados, bajo las balas perdidas, atravesando los carteles y las

persecuciones y los rostros de los muertos en los afiches hechos con serigrafías artesanales (Bisama, 2016: 21).

Continuando en el Chile de los años ochenta, es que nos surge la necesidad de adentrarnos en aquellas familias que sufrían por este nuevo sistema de gobierno. Para ello es que, siguiendo la línea de la familia del protagonista de la novela, se recurrirá nuevamente a Lorena Amaro, quien se refiere al padre, y nos dice que:

Los hijos se preguntan asombrados qué hay en sus padres, tras la superficie cotidiana del cariño o la distancia. En este caso, el hijo ha nacido en la década del 80. El padre es un fotógrafo callejero que se dedica a retratar la violencia de la Dictadura. La relación familiar es difícil, pero esto, en el marco de la novela, no parece importar demasiado, ya que su sustento es (Proyecto Patrimonio, 2017. Recuperado de <http://letras.mysite.com/lama190417.html>).

El relato del hijo nos cuenta que el padre se convierte en fotógrafo por una suerte de casualidad, ya que nunca fue necesidad ni menos vocación. Nos señala que sin darse cuenta un día se vio cubriendo una protesta, luchando contra todo lo que conlleva estar fotografiando un evento de este tipo en el centro de Santiago.

A los dos días ya estaba en una protesta en el centro de Santiago, con un pañuelo tapándose la cara para evitar tragar más gas lacrimógeno, mojado con el agua sucia de los guanacos, enfocando a los manifestantes que lanzaban piedras, esquivaban balazos, eran perseguidos por zorrillos y carros lanzagua, por escuadrones de carabineros con lumas y escudos que no tenían conciencia de nada que no fuese su propia violencia (Bisama, 2016: 21).

Ante la realidad vivida por un padre consumido por la injusticia y la decadencia de un Chile que sólo encontrará torturas, asesinatos y desapariciones, como respuesta a la indiferencia, será primordial la dialéctica que instauren el padre y el hijo, transmitiendo sus pesares y vivencias más profundas. Estas serán tomadas como bandera de lucha y llevadas de manera contestataria en el presente, sin olvidar nunca lo experimentado. Ese es el caso del hijo, personaje clave en la reconstrucción de los momentos borrados y ocultados por la historia en nuestros días. Él se encargará de sopesar los daños sufridos por el padre para dar testimonio de una época que sin testigos es pasado. Por lo mismo Beatriz Sarlo asevera:

El pasado es siempre conflictivo. A él se refieren, en competencia, la memoria y la historia, porque la historia no siempre puede creerle a la memoria, y la memoria desconfía de una reconstrucción que no ponga en su centro los derechos del recuerdo (derechos de vida, de justicia, de subjetividad) (Sarlo, 2012: 9).

Para adentrarnos en la figura del fotógrafo que utilizó Bisama en su novela, se utilizará lo que Lorena Amaro dice sobre el padre, pero específicamente como fotógrafo en la década de los ochenta en Santiago:

Bisama ha elegido la figura del fotógrafo político, una figura que parece cristalizar toda una época y una épica: las imágenes de la Dictadura son imborrables y así parecen demostrarlo tanto los programas televisivos que recurren a “archivos clasificados” para conmemorar el 11 de septiembre, como también la película *La ciudad de los fotógrafos* y antes de esa película otras que se estrenaron recién salido Pinochet del mando, como imagen latente... Así como la Dictadura les apunta a los fotógrafos, ellos también apuntan a los rostros anónimos que capturan con sus cámaras. Una foto emblemática del protagonista es el detonante de las dolorosas reflexiones contenidas en la novela (Proyecto patrimonio, 2017. Recuperado de <http://letras.mysite.com/lama190417.html>).

Y en este punto Amaro continúa hablando sobre la figura del fotógrafo y nos dice que:

Donde hay fotos, hay luz. Y la luz cumple en este relato de Bisama un papel fundamental. Se trata de la luz fotográfica, pero algo más que eso: en la imaginación occidental la luz es mística (Proyecto patrimonio, 2017. Recuperado de <http://letras.mysite.com/lama190417.html>).

Ahora al volver a la novela nos encontramos con el hijo, quien nos da a conocer una serie de situaciones que vivió su padre, pero éstas están relacionadas con la actividad que desarrollaba cuando joven. Es muy difícil ser un fotógrafo en una sociedad que está bajo cualquier tipo de Dictadura:

Mi padre no era un héroe. Mi padre no era un testigo. Mi padre no era un sobreviviente. La Dictadura no era un ente abstracto. Conocía sus calabozos y sus cámaras de tortura, había aprendido en la calle los códigos con los que los pacos hablaban en clave en las protestas, sabía cuándo correr y cuándo esconderse (Bisama, 2016: 35).

El examen de lo vivido permite que la novela presente dos aspectos complejos, siendo historia y memoria la formulación ambivalente que construye el testimonio de una persona o un grupo de individuos. El lector accederá al relato de una sociedad encapsulada, sin posibilidades de escape. De esta forma es sumamente importante que exista una comunicación entre dos sujetos. Primero uno que haya vivido algún vejamen en el pasado y otro, que esté dispuesto a escucharlo. Es importante señalar que no es necesario que estos

sean de la misma época, porque lo que prima no es que ambos hayan sufrido, sino que, por medio del relato de uno, el otro se haga partícipe de su dolor, solo escuchándolo. En este caso:

Del pasado se habla sin suspender el presente y, muchas veces, implicando también el futuro. Se recuerda, se narra o se remite al pasado a través de un tipo de relato, de personajes, de relación entre sus acciones voluntarias e involuntarias, abiertas y secretas, definidas por objetivos o inconscientes; los personajes articulan grupos que pueden presentarse como más o menos favorables a la independencia respecto de factores externos a su dominio (Sarlo, 2012: 13).

Se recurrirá a una entrevista realizada por Daniel Hidalgo a Álvaro Bisama en el año 2016, para que él nos diga qué era lo que quería relatar del Chile en los años ochenta, cuando el país estaba muy militarizado:

No lo sé. La vida de un hombre que abandona todo. Un crimen. Un hombre devorado por sus imágenes. El paisaje como una especie de amplificador de la violencia. Un crimen sordo. El murmullo del mar. El frío. Un mapa de la violencia. Las voces de padres e hijos a la deriva frente al paisaje (Pousta, 2016. Recuperado de <https://pousta.com/alvaro-bisama-entrevista-el-brujo/>).

A través de la vivencia del padre, lo sufrido como reportero gráfico en tiempos donde hacer noticia debía ser en favor de una realidad inexistente, por ejemplo, decir que un país no estaba pasando por un levantamiento armado, va creando situaciones que dificultan la comunicación dentro de la misma ciudadanía y mucho más si se quiere ser escuchado en el exterior. Se condiciona el día a día, las personas ya no tienen una característica que los diferencie. Más bien se extraña la forma en que cada uno puede expresar su pensamiento y la posibilidad de dialogar en virtud de las irregularidades que viven sectores de la población. Según Sarlo: “El pasado vuelve como cuadro de costumbres donde se valoran los detalles, las originalidades, la excepción a la norma, las curiosidades que ya no se encuentran en el presente” (Sarlo, 2012: 19). El tiempo pasado viene a marcar un antes y un después en la vida del padre. Antes que se desatara el control militar no existía esa censura de pensamiento, ni menos se terminaba generando un trauma a la persona que pudiese estar en contra de las injusticias y derechos de vida arrebatados por un mundo manchado ideológicamente. Hablamos de la ultraderecha que impuso las fuerzas armadas, soslayando todo tipo de reflexión crítica por parte de la población, en su mayoría artistas, teóricos, filósofos, representantes del mundo estudiantil, predominantemente universitario:

Durante la Dictadura militar algunas cuestiones no podían ser pensadas a fondo, se las revisaba con cautela o se las soslayaba a la espera de que cambiaran las condiciones políticas. El mundo se dividía claramente en amigo y enemigo y, bajo una Dictadura, es preciso mantener la convicción de que la separación es tajante (Sarlo, 2012: 23).

Ezio Mosciatti plantea que en la novela se desarrolla “una descripción y análisis profundo y lúcido de lo que le puede pasar a los fotógrafos que registran la violencia, esas personas que están inmersas en violencias extremas y, aparentemente, no se afectan, no se sienten tocados por ellas” (Biobío Chile, 2016. Recuperado de <https://www.biobiochile.cl/noticias/artes-y-cultura/libros/2016/09/12/alvaro-bisama-el-brujo-o-la-historia-del-reportero-grafico-que-sus-fotos-enfermaron.shtml>).

Si bien quien relata lo que le ocurre al padre es el hijo, en algunas oportunidades se le da voz en primera persona al padre, para que él también sea parte de esta voz que va contando su vida. Y siguiendo esto en la novela nos encontramos con que:

El tiempo devora al tiempo del mismo modo en que la luz se come a la luz, dijo. Fue entonces que pensé que las imágenes enferman, afectan a los cuerpos, los cambian. Nunca había pensado en eso. Yo era alguien que traficaba con imágenes (Bisama, 2016: 148).

La categorización forzada de *clase privilegiada* y *clase oprimida* es clave para entender la Dictadura en nuestro país. Pero antes de entrar en ese tema es importante referirnos a que, en los años previos a 1973, el escepticismo social respecto de un cambio a nivel político en el mundo repercutía en Chile. Las crisis y los anhelos de los gobiernos de turno por chilenizar y nacionalizar recursos naturales hicieron que algunos sectores, que eran predominantes en nuestro país, se volvieran una clase oprimida. Y este sentimiento era frente a las políticas que fueron impulsadas para distribuir de mejor manera recursos. De esta manera nace lo que a la posteridad será una de las grandes banderas de lucha de la clase empresarial chilena. En otras palabras, esto sería uno de los pilares del quiebre de la República en Chile, lo que se denominó: La reforma agraria. Esto no era más que volver a distribuir la tierra para darle más poder al agricultor frente al empresario que tenía estos terrenos abandonados.

Cuando volvemos al Chile en Dictadura nos encontramos a un Estado quebrado, donde la libertad de expresión se anula y esto se puede apreciar en que se invalida toda clase

de opinión que fuera en contra del Régimen. Las leyes y los derechos humanos fueron vulnerados, posicionando a nuestro país como uno de los más corrompidos desde un punto de vista social y político. Frente a la imposibilidad de dar a conocer las terribles situaciones que asolan a nuestro territorio surge el discurso testimonial como medio de prueba fehaciente para restituir todo el dolor causado en ese tiempo. De esta forma, volvemos a la figura del hijo en la novela de Bisama, un sujeto que valida todo rasgo borrado por la crisis social que afectó al padre y denuncia como figura viva la condena soportada para que nunca más eso vuelva a ser causa de olvido y de pasado en tiempos presentes. Sarlo se refiere a lo experimentado en América Latina:

El testimonio hizo posible la condena del terrorismo de Estado; la idea del “nunca más” se sostiene en que sabemos a qué nos referimos cuando deseamos que eso no se repita. Como instrumento jurídico y como modo de reconstrucción del pasado, allí donde otras fuentes fueron destruidas por los responsables, los actos de memoria fueron una pieza central de la transición democrática, sostenidos a veces por el estado y de forma permanente por organizaciones de la sociedad (Sarlo, 2012: 24).

A través de una voz denunciante y que conoce lo vivido por el torturado de forma física, psicológica, ética y moral es posible dar a conocer una historia que se cruza con la memoria, conjugando pasado y presente, donde el afectado, finalmente, logra ser escuchado por medio de una persona o colectivo social. Ahora bien, para que se pueda evidenciar la justicia por parte del testigo, el protagonista de la historia debe entregar sin mayor vergüenza su verdad. De este modo, podrá ser liberado y su experiencia será el soporte que tenga el individuo en esta dialéctica intrínseca de olvidar y recordar. Asimismo:

La narración de la experiencia está unida al cuerpo y a la voz, a una presencia real del sujeto en la escena del pasado. No hay testimonio sin experiencia, pero tampoco hay experiencia sin narración: el lenguaje libera lo mudo de la experiencia, lo redime de su inmediatez o de su olvido y la convierte en lo comunicable, es decir, lo común (Sarlo, 2012: 29).

Los personajes que utiliza Bisama son propios de la actualidad; el ser humano para poder validarse en el tiempo debe considerar siempre su experiencia vivida en la tierra para poder, así, prosperar. Por tanto, la imagen padre-hijo nos ayudará a comprender mejor la experiencia desde la dolencia hasta el desgaste del vínculo familiar que en ellos reside. Según Sarlo: “Cuando la narración se separa del cuerpo, la experiencia se separa del sentido” (Sarlo,

2012: 33). Es decir, para dotar de veracidad lo planteado tanto por el padre (torturado en Dictadura) y el hijo (vive en carne propia la decadencia del padre), no se puede perder el sentido de la condición social que sufre el individuo, llevándolo a una transfiguración constante con el pasar de los años.

En este punto es necesario detenernos para darle la voz a Bisama y que él nos cuente cómo fue la creación del protagonista de su novela:

No usé nada biográfico. Escribí de modo lineal, tratando de descubrir yo mismo hacia dónde avanzaba el relato. Nunca lo supe muy bien. Sabía que para hacerme cargo de la voz del padre tenía que partir por la del hijo y que yo mismo debía ir de lo claro a lo oscuro, de lo nítido a lo opaco, de lo conocido a la pesadilla. Ese proceso fue lineal y funcionó casi a ciegas. Cuando llegué a la voz del padre, en la segunda mitad de la novela intuía cómo iba a hablar, cómo iba a escribirla, pero había tenido que abandonar la del hijo. Una es el espejo deformado de la otra. La complementa, la completa, se refleja en ella (Revista Lecturas, 2018. Recuperado de <http://www.revistalecturas.cl/alvaro-bisama-el-brujo-por-joaquin-escobar/>).

En nuestros tiempos es aceptable como prueba de que *algo sucedió* el testimonio de otro, quien se encarga de realizar justicia y reconsiderar los derechos de vida olvidados hacia el afectado, utilizando distintos medios de comunicación como la literatura y el periodismo, por ejemplo. La novela *El brujo* aborda la importancia de la fotografía, la escritura y la vivencia cultural misma, posicionada dicotómicamente desde dos lugares: Santiago y La Isla Grande de Chiloé. De esta forma se genera una reconstrucción *verdadera* de lo que fue el pasado, sin dar espacio a invenciones que nunca sucedieron, por medio del relato de las experiencias de un individuo en plena época dictatorial.

Es importante destacar cómo se va desarrollando la novela testimonial:

La actualidad es optimista y ha aceptado la construcción de la experiencia como el relato en primera persona, aun cuando desconfíe de que todos los demás relatos puedan remitir de modo más o menos pleno a su referente. Proliferan las narraciones llamadas “no ficcionales” (tanto en el periodismo como en la etnografía social y la literatura): testimonios, historias de vida, entrevistas, autobiografías, recuerdos y memorias, relatos identitarios (Sarlo, 2012: 49).

El desarrollo del testimonio vivencial supo florecer con gran fuerza en épocas de descontento social. La narración oral, sujeta a los cambios físicos y psicológicos de la tortura, dio paso a futuras entrevistas, autobiografías llevadas a la escena local como *best sellers* que

venden más por el morbo que despierta en la sociedad que por el sacrificio mismo del individuo. De esta manera se dio luz verde para generar relatos identitarios, propios de un país eclipsado por el poderío de una clase dominante que no da espacio a la equivocación y que juega a la muerte entre sus mismos pares si es necesario.

Frente a las atrocidades que se cometieron en esta época oscura de nuestra historia es importante hilar un discurso testimonial que no deje en el olvido todo lo experimentado por niños, jóvenes y adultos. Son *los otros* quienes se levantarán para defender un derecho fundamental de justicia y validación social, y dejarán al descubierto todo lo inhumano provocado por la mente del dictador, quien, cegado por la ambición de control ante la reflexión y crítica opositora, invalida toda posibilidad de dar a conocer la única verdad aceptable: La verdad del marginado político, social y moral. Por consiguiente:

Los crímenes de las Dictaduras fueron exhibidos en un florecimiento de discursos testimoniales, en primer lugar, porque los juicios a los responsables demandaron que muchas víctimas dieran su testimonio como prueba de lo que habían padecido y de lo que sabían que otros padecieron hasta morir (Sarlo, 2012: 61).

La importancia que logra tener el relato testimonial en esta novela nos ayuda a comprender el rol que cumple el hombre o la mujer como testigos desde su infancia hasta su deceso, donde su conocimiento de los eventos ocurridos a un individuo en particular generará que el pasado no sea sinónimo de olvido. Lo que se busca es posicionar el relato desde la narración del testigo, llegando hasta la reflexión que tenga la sociedad del evento sufrido. Entonces: “La confianza en los testimonios de las víctimas es necesaria para la instalación de regímenes democráticos y el arraigo de un principio de reparación y justicia” (Sarlo, 2012: 62).

De esta manera se validará el propósito que tiene la novela testimonial, se generará una reparación en el afectado y, a su vez, una señal de que se está ejerciendo justicia por los derechos humanos atropellados sin razón justificable (se pueden catalogar como crímenes de lesa humanidad). Sin ir más lejos, lo concreto que ofrece el testimonio es la actualización de que nada se está perdiendo. Todo está volviendo a su curso en búsqueda de la verdad.

Es decir, la novela testimonial contiene la ambición de:



En el límite está la utopía de un relato “completo”, del cual no quede nada afuera. La inclinación por el detalle y la acumulación de precisiones crea la ilusión de que lo concreto de la experiencia pasada quedó capturado en el discurso. Mucho más que la historia, el discurso es concreto y pormenorizado, a causa de su anclaje en la experiencia recuperada desde lo singular (Sarlo, 2012: 67).

A través de la riqueza que entrega el testimonio, por medio del pasado y del presente, es posible ahondar en relatos que son reconocidos. En otras palabras: “Las narraciones testimoniales están cómodas en el presente porque es la actualidad (política, social, cultural, biográfica) la que hace posible su difusión cuando no su emergencia” (Sarlo, 2012: 79).

La novela *El brujo* explora en la relación que se establece entre padre e hijo, ambos marcados por un pasado doloroso. Se genera un vínculo de continuidad en la historia. El padre, pese a sus fracturas mentales y emocionales, consecuencias de la carga que trae consigo por medio de la Dictadura (tortura, chantaje y anulación del pensamiento), logra transmitir su desesperación al hijo. De esta forma obtiene que sea un testigo que da testimonio de lo acontecido en la constante búsqueda de justicia.

El padre se pierde en el sur de nuestro país, específicamente en La Isla Grande de Chiloé, consumido por los demonios que lo persiguen día a día por causa de un choque ideológico fatal. Pero su vida no será silenciada mientras el hijo sea su libertador: “Los hijos de estos militantes están desesperados por la historia de sus padres, porque allí la fractura no fue sólo la de la Dictadura, sino la forma en que esa fractura se agravó por el silencio” (Sarlo, 2012: 157).

La novela de Álvaro Bisama permite comprender la importancia de la novela testimonial como medio liberador y esperanzador tanto de la justicia como del derecho humano. El relato en primera persona es la clave para lograr que un testigo se valga de lo narrado y pueda aseverar abiertamente lo vivido, lo sufrido, lo experimentado en vida y lo que lo lleva a la muerte racional, como sería el caso del padre. La propuesta de Bisama nos parece muy interesante ya que, a través de la literatura y de la ficción, nos dice que no debemos olvidar un periodo oscuro y muy amargo que, si bien nosotros no vivimos, sí lo vivieron nuestros padres, abuelos, vecinos, etc. Y esto no lo hace con un afán de inculcar un resentimiento en la población, sino que lo hace con el especial objetivo de que, si olvidamos los errores que un día se cometieron, más temprano que tarde podemos repetirlos.

Han pasado muchos años desde que cayó el régimen militar en Chile, pero la herida sigue abierta y esto lo podemos observar en las protestas que realizan jóvenes y adultos, quienes salen a las calles a protestar por los olvidados, por esos que un día fueron detenidos y nunca más han regresado a sus hogares. Sus complejas vidas son sinónimo de esperanza en el presente. Se puede lograr el reconocimiento y se pueden alcanzar las victorias en tantas luchas de pensamiento a través de la incorporación del pasado en el presente.

De esta manera es importante generar un lazo a modo de diálogo frente a *los otros* que representan la realidad fragmentada de una época devastada por las injusticias sociales, teñida de acciones represivas a cada palabra diferente que pudiera significar la pérdida de poder y autoridad por parte de la clase dominante. Es así como la obra del escritor valdiviano Rubén González Lefno titulada *Los demás fueron los árboles y el viento* encaja perfectamente en la línea de novela testimonial. Desde la representación del dolor vivido bajo el régimen militar hasta la lucha constante que vivió la ciudadanía a modo de demanda frente a las atrocidades que día a día dejaban una víctima más entre lágrimas de familias desesperanzadas de vivir en un país sin ley ni justicia. González Lefno nos muestra la crueldad con que se trataba a las personas obligadas a hablar por Sí o por No: “Sesiones interminables de golpes, picanazos eléctricos, nuevas golpizas, más picana... pero el interrogatorio no conseguía avanzar más allá (González Lefno, 2016: 129)”.

A través de lo evidenciado en la novela de González Lefno, podemos generar un puente con la postura que tiene Bisama frente a los hechos acaecidos en la época de Dictadura. Debido a que ambos retratan un paisaje consumido por las maquinaciones de militares que utilizaban su poderío para torturar y oprimir a la clase opositora al régimen del país. Lo mismo se puede apreciar en *El brujo*:

Después de haber escapado de los carabineros, después de haber visto a escolares con heridas en la cabeza tirados en el suelo, después de vivir en el miedo de que lo detuvieran y lo enviaran a un calabozo oscuro o a una sala de tortura, todo comenzó a parecerle normal, cotidiano en su violencia y deformidad (Bisama, 2016: 22).

Gonzalo Schwenke agrega sobre la novela de González Lefno que “es una novela testimonial sobre la insubordinación de jóvenes sureños que lucharon contra la Dictadura (Schwenke, 2017)”. Se produce entre Bisama y González un traspaso de vivencias que

trascienden el lugar geográfico, debido a que la Dictadura vivida en Santiago no era diferente a la que se estaba viviendo hacia la cordillera en Neltume, puesto que los personajes ficticiales de distintas localidades se conectan en la desgracia que se estaba viviendo como país durante el régimen militar.

Como ya se mencionó, entre ambos libros, *El Brujo* de Álvaro Bisama y *Los demás fueron los árboles y el viento* de Rubén González, existe una similitud o podríamos decir que se parecen, ya que ambos narran el mismo periodo histórico y la misma cara de la moneda, la del oprimido frente a un opresor. Pero aun así es importante señalar que el mismo Bisama ha declarado que su novela no es una autobiografía, ni menos que su papá hubiese sido fotógrafo en algún momento, que *El Brujo* es una obra escrita a partir de personajes e historias ficticias. En el año 2016 declaró esto mismo en una entrevista en Radio Cooperativa:

No, no es la historia de mi padre...No para nada... Varios años atrás a pito de nada mi padre me preguntó si tenía algún problema en tu narrativa y le dije que no, relájate que mis problemas los solucioné contigo cuando tenía 20 años... Me parecía que, para contar la historia de este personaje, que es la historia de un personaje que está en una ciudad como en Santiago de los ochenta y que luego abandona todo. A mí en la historia me interesaba contar ese abandono... Esa paranoia, esa idea de un hombre que está frente a un paisaje que está arrasado [sic] (Cooperativa, 2016. Recuperado de <https://www.cooperativa.cl/noticias/cultura/literatura/el-brujo-la-nueva-novela-de-alvaro-bisama/2016-08-12/123125.html>).

En cambio, la novela de González está escrita sobre la base de hechos que realmente sucedieron y si bien al ser literatura está escrita como tal para darle riqueza a su obra, lo central son situaciones que ocurrieron. Esto lo declara en una entrevista realizada por Alejandro Lavquén en el año 2016.

Ante la pregunta de Lavquén: “Su novela se basa en hechos reales cuyo referente es el MIR ¿Cómo ve el rol que jugó este movimiento? [González responde lo siguiente] En ocasiones la literatura ayuda a comprender una cierta zona de la historia, para algunos difícil de digerir, pues la Dictadura y la post Dictadura se han encargado de distorsionar y demonizar a quienes encarnaron una propuesta que desafiaba al poder” (Proyecto Patrimonio, 2017. Recuperado de <http://letras.mysite.com/alav261116.html>).

Ante esta gran diferencia podríamos darle muchos méritos a Bisama, quien mediante a hechos ficticios logra desarrollar una novela tan entretenida que viaja desde un mundo netamente familiar hacia otro con matices policiales y hasta de suspenso.

Por lo mismo, es necesario resaltar la capacidad que tiene el autor para involucrar emociones y realidades que muchas veces escapan de lo imaginable, debido a la transformación que vive el personaje interpretado por el padre, quien a medida que avanza la novela va deconstruyendo su personalidad, su mirada ante la vida y finalmente es consumido por los recuerdos. Esto nubla sus posibilidades de volver a soñar y encantarse con un Chile libre de persecuciones políticas. Así lo replica Reynaldo Martínez al decir que: “El escritor de testimonios modifica la escritura para presentar términos que remiten a imágenes que representan las emociones de un personaje (Martínez, 2016: 15)”.

Álvaro Bisama, desde que nos presenta la realidad particular de un hombre invadido por las maquinaciones sociales y políticas de un país convulsionado hasta las dudas que nos plantea la ficcionalidad de los sucesos acaecidos en una isla al extremo de Chiloé, busca generar la reflexión de que un hombre puede ser muchos hombres viviendo en el presente sin dejar el sufrimiento del pasado. Tomando la novela histórica como modelo de argumento latente ante la sociedad actual que olvida para no tener que vivir ligado a un sufrimiento en particular.

Siguiendo un patrón que une y separa a Bisama de otros autores chilenos que utilizan lo ocurrido en un periodo de Dictadura en el país, podemos encontrar que en la novela *El brujo* se deja ver mucho lo popular del entorno como lo misterioso de una isla olvidada:

No saqué fotos en una semana. Mis ojos estaban rotos. La noche en el bosque los había despedazado. Me quedé en cama varios días. Tuve fiebre. Apenas me levanté para cocinar una sopa de sobre de verduras con pollo. Tuve visiones. Revisé las imágenes. Las ordené. Busqué algo que no sabía qué era. Busqué mi propia sombra (Bisama, 2016: 207).

Bisama dentro del testimonio que elabora por medio del padre logra ir más allá de lo sensitivo, al generar una atmosfera que llama al cuestionamiento del actuar mediante el pensamiento, combinando la ficción como método de persuasión ante la crueldad que vive al despertar día a día con el peso del pasado. Ahora la novela testimonial se hará parte de la

experiencia más allá de la tortura ideológica, se tomará de la magia planteada por una localidad conocida por mitos y leyendas para así reconocer en su entorno el comportamiento del hombre agobiado por la pérdida de su identidad en tiempos en que la fotografía se utilizaba como medio para plasmar una realidad inmediata.

Sin embargo, en estos tiempos de presión y persecución, la imagen de una persona vulnerada en sus derechos prácticamente viene a ser una huella borrada por las olas que rompen en la arena. De esta forma, la tarea de Bisama es mayor al repasar la realidad de una persona, debido a que recoge sus miedos y los muestra sin pudor: “Mi mundo era el paisaje desolado de mi propia casa. Mi mundo era el modo en que me había alejado del ruido. Mi mundo era la tranquilidad que había desaparecido (Bisama, 2016: 210)”.

El padre se refleja a sí mismo como una persona que pierde toda tranquilidad, se encuentra inmerso en una localidad en el sur del país, buscando paz, buscando consuelo ante las atrocidades experimentadas desde la juventud hasta la etapa de madurez personal y espiritual. Se conecta con lo ancestral de la isla utilizando la hierba como viaje liberador, echando afuera los demonios que aquejaban su vida. Como, por ejemplo, a través del sueño:

Dejé la marihuana. Tuve miedo de volverme paranoico. Ahora me doy cuenta de que fue un error. Esos días soñé mucho, dijo mi padre. Soñé con barcos con velas en llamas. Los barcos tenían boca. Los huesos de los tripulantes eran sus dientes. Soñé con bosques que estaban vivos. Soñé con brujos. Soñé con carros policiales. Soñé con cines donde proyectaban películas de horror de caravanas de esqueletos que atravesaban el desierto en una procesión buscando al dios de los muertos. Soñé con discotecas donde se podía bailar con personas que no habían existido nunca. Soñé con fantasmas (Bisama, 2016: 174).

A través de la narración que se desprende por medio de los sucesos que vive el padre, podemos comprender la capacidad que tiene Bisama para contrastar la realidad general de un país en épocas de Dictadura, donde la felicidad de un grupo privilegiado era la tristeza de muchos que no encontraban explicación al cambio de paradigma, quedando enajenados de pensamiento y opinión. Por lo mismo, el fotógrafo se naturaliza frente a la violencia dejando de lado sus pensamientos que van en contra del aprovechamiento civil. Manteniéndose al

margen de todo acto delicado que pudiera involucrar una acción contestaria ante el régimen imperante en la sociedad silenciada.

Es así como el personaje modifica su forma de reportear en terreno, cediendo ante la violencia indiscriminada que se vive en las calles:

Se acostumbró a la adrenalina, a la violencia. Aunque no lo reconociera, se empezó a excitar con el gas. Después de haber escapado de los carabineros, después de haber visto a escolares con heridas en la cabeza tirados en el suelo, después de vivir en el miedo de que lo detuvieran y lo enviaran a un calabozo oscuro o a una sala de tortura, todo comenzó a parecerle normal, cotidiano en su violencia y deformidad (Bisama, 2016: 22).

El personaje se encuentra transformado por su entorno, luchando constantemente contra sus demonios al observar un Chile que cae a pedazos, día tras día, vulnerando los derechos de un país que se encuentra atado de brazos y pies, encadenado a las atrocidades que viven personas inocentes, donde su mayor pecado es pensar distinto, al votar en contra del fusil como adoctrinamiento, persiguiendo en todo momento el diálogo constructivo como analgésico que ayude a sobrellevar los problemas sociales y políticos.

De esta manera la novela testimonial se posiciona como una fuente de relato contestatario, donde tanto Bisama como González Lefno, González y/o Martínez dentro de sus extrapolaciones vivenciales, siguiendo con la línea temática de la violencia vivida en Dictadura y post Dictadura, consideran al testigo como la pieza clave dentro del puzle, despejando toda duda que apunte al olvido de lo acaecido en una época donde la sociedad sufrió y aprendió a vivir con ese peso de la historia.

Por consiguiente, Beatriz Sarlo reflexiona sobre la importancia del testimonio para alcanzar la soberanía democrática del país desde el individuo mismo:

El testimonio hizo posible la condena del terrorismo de estado, la idea del “nunca más” se sostiene en que sabemos a qué nos referimos cuando deseamos que eso no se repita. Como instrumento jurídico y como modo de reconstrucción del pasado, allí donde otras fuentes fueron destruidas por los responsables, los actos de memoria fueron una pieza central de la transición democrática, sostenidos a

veces por el estado y de forma permanente por organizaciones de la sociedad (Sarlo, 2012: 24).

El personaje del padre representa a cada ser humano condenado a la soledad. Las ideas que afloran en los años ochenta sólo sirven para cubrir los crímenes del opresor sin escrúpulo alguno otorgando una cuota de genialidad en la escritura que nos va mostrando Bisama a medida que avanza la novela, debido a la sensorialidad que expresan sus palabras. La vida de un fotógrafo se convierte en la imagen perfecta de sufrimiento compartido, en la pérdida de un hermano, en la desaparición de un vecino, en la tortura de un exonerado, entre diversas situaciones que llevaron a dejar de lado el ideal propio para poder así seguir viviendo sin tener que perder vidas importantes para el círculo social de cada uno de los chilenos muertos en las calles.

Por lo mismo, el lente capturaba lo esencial: “Sus fotos eran eficaces, captaban la violencia, la congelaban sin estilizarla, huyendo de toda poesía, de toda consigna. Sus fotos eran claras, eran nítidas, no tenían dobles lecturas” (Bisama, 2016: 23). El personaje que aparece en la novela testimonial no cambia la realidad vivida por fantasía de momentos, encapsula en la retina de la memoria todo aquello que sea causa de olvido como lo sería el atropello a los derechos humanos y civiles de las personas, generando un silbido constante en nuestro subconsciente al seguir ciegos frente a tantas injusticias que hasta nuestros días en la contemporaneidad nos acompañan y nos piden a gritos que salgan a relucir las torturas experimentadas por miles de personas inocentes que fueron acalladas por la capitalización de sus razonamientos.

El hijo en *El brujo* se apodera del paisaje monótono que asola al padre por medio de las experiencias recogidas en su juventud, considerando cada una de las situaciones que van transformando su carácter y personalidad en su forma de relacionarse con el entorno. Antes que el padre se vea envuelto en reportajes teñidos de llanto y sangre, tiene la visión de un país libre de expresión, partiendo por lo aprendido en la universidad donde el arte lo llevaría a tener ideas que fluyen y nacen por medio de la simpleza del quehacer cotidiano. Pero los vuelcos repentinos en el ordenamiento social del país crearán en cada una de las familias opositoras como cortinas de humo que cubran su felicidad.

Las personas con el tiempo se desconocen y no puedan reconocerse en el aporte que en algún momento realizaron, a modo de reclamo por todos los aprovechamientos vividos. Partiendo por el gobierno y terminando en las personas que, paralizados por el miedo a la muerte, dieron un paso al costado y dejaron de mirar lo horrible de la época. Sin poder conectar con un futuro esperanzador las personas se sienten sin un motor que los impulse a seguir creyendo en ellos mismos: “Soñé con el futuro, pero el futuro era negro y no podía saber qué sucedía ahí, dijo mi padre” (Bisama, 2016: 175).

A través de la novela se descubre el propósito de hacer presente en nuestros días aquello que fue borrado de nuestra memoria histórica, recapacitando en el impacto social que trae consigo el recoger el dolor ajeno y atesorarlo a nuestra verdadera historia, más allá de la ficcionalidad que pueden ofrecer los novelistas como es el caso de Álvaro Bisama, los sucesos que se muestran no escapan a lo que vivieron padres, madres e hijos. Ciertamente, se pone al límite la experiencia del ser humano para poder así llegar a lo simple de cada momento vivido, dejando todo naturalmente conectado, sin tener que suprimir experiencias desastrosas en el presente.

Así lo plantea Sarlo al momento de situar la novela testimonial como relato completo en sus hechos y acciones experimentadas:

En el límite está la utopía de un relato “completo”, del cual no quede nada afuera. La inclinación por el detalle y la acumulación de precisiones crea la ilusión de que lo concreto de la experiencia pasada quedó capturado en el discurso. Mucho más que la historia, el discurso es concreto y pormenorizado, a causa de su anclaje en la experiencia recuperada desde lo singular (Sarlo, 2012: 67).

Finalmente, la trascendencia del relato testimonial presente en la novela *El brujo* busca generar un discurso que ahonde en la capacidad de dialogar entre nosotros mismos. Con la convicción de que lo sucedido en una época tan compleja y convulsionada como lo fue la Dictadura sea tomado en consideración como modelo de cambio respecto de la idea que tenemos como sociedad, según nuestros derechos como la libre expresión. Sin tener que vivir en soledad debido a que sólo unos pocos son capaces de discernir lo bueno de lo malo, donde lo malo sería expresar una postura distinta al modelo imperante, generando un



genocidio ante lo que significa pensar y reflexionar de manera intuitiva, cuidando el bien propio y también el bien social.

## **Capítulo 2: La evolución del padre en el transcurso de la novela *El brujo***

Antes de comenzar este nuevo capítulo es necesario mencionar que, en el primer apartado de este trabajo de investigación, se abordó cómo Álvaro Bisama a través del personaje el padre (fotógrafo) trata de mantener viva una memoria histórica, la que al parecer este país busca con ímpetu olvidar. A nuestro pensar lo que ocurrió en esos años en Chile corresponde a hechos que no deberían volver a repetirse en este ni en ningún otro país en el mundo. También se abordó la forma de narrar (Dictadura), utilizando hechos ocurridos en la vida real. Además, se realizó la comparación entre la obra de Bisama con otro escritor chileno, el que hace una literatura muy parecida. Nos referimos a Rubén González.

Ahora en este nuevo capítulo analizaremos las transformaciones que va sufriendo el personaje central de la novela, quien es el padre. O sea, veremos cómo va sufriendo una deconstrucción a través del desarrollo de la obra y esto a causa del entorno social en el cual está inmerso. Este personaje que es tan enigmático y ese enigma lo acompaña desde el comienzo a fin. Por ejemplo, no se revela en ningún momento su nombre ni menos algún apodo.

Desde el comienzo de la novela sabemos que su ocupación fue la de fotógrafo, y que lo desempeñó en la década de los años 80 en Santiago de Chile. Junto a estos datos se nos dice que sufría depresión, esto es algo muy importante de destacar, ya que con en el correr de la obra esta enfermedad será la encargada de responder muchas interrogantes que se irán desarrollando.

Les prestó la casa para que tuvieran algo de paz, algo de tranquilidad, cosa que no fue posible porque mi padre sufría de depresión y muchas veces se quedaba bebiendo hasta tarde en bares o plazas después de la universidad. El toque de queda no le ayudaba (Bisama, 2016: 16).

El hijo será el encargado de ir reconstruyendo y relatando lo que le sucedió a su padre. Nos cuenta que desde un comienzo su nacimiento no llegó a ser un acontecimiento digno de recordar ni menos un hecho por el cual ambas familias se hubiesen sentido felices.

Por supuesto, todo lo que tuvo que ver con mi nacimiento fue un desastre de proporciones. Se mudaron juntos. No tenían la más remota idea de cómo iban a sobrevivir. Sus padres los odiaban y ellos dos se odiaban entre ellos. Mis tíos le dieron una paliza a mi padre. Mi abuela paterna no le habló por años a mi mamá. Ninguno de los dos tenía veinte años (Bisama, 2016: 15).

Él cuenta que estos dos jóvenes, que también eran los mejores amigos, trataron de mantener viva esa idea de la típica familia joven, pero lamentablemente la inexperiencia que tenían les jugó en contra, por lo que esto no resultó. Esto llevó a que se formara una familia muy disfuncional. Existía una mala relación entre sus padres, quienes nunca supieron por qué eran pareja ni menos cómo llegaron a tener un hijo, además de la poca empatía y ayuda de sus familiares y amigos. En este punto nos dice que ellos eran unas personas que carecían de esperanzas. Podría resultar un tanto descabellado pensar que ese sentimiento abundaba en una parte de los jóvenes (no es la idea generalizar y decir que era un sentimiento transversal),

pero para todas esas personas que no eran adeptas al Régimen hablar de futuro era hablar del día a día. Y esto lo podemos observar en:

Vivían en esa casa engañándose a sí mismos, amparados en el capricho de que podrían sobrevivir al odio de sus respectivas familias, a lo que decían sus amigos y la gente que no les daba ninguna chance, porque el resto del mundo sabía algo que ellos no querían asumir: que carecían de cualquier clase de futuro (Bisama, 2016: 16).

Los problemas continuaban y finalmente el padre tuvo que congelar sus estudios en la Universidad y comenzó a trabajar en una agencia de prensa como fotógrafo. Antes de retirarse de la casa de estudios había comenzado a tomar fotografías y esto lo llevó a ganar algunos premios, porque era bueno utilizando la cámara fotográfica. Así que podríamos decir que se convirtió en fotógrafo por suerte, no por vocación ni menos que esto fuese uno de sus hobbies. Llega a la agencia por necesidad, ya que a esa altura no tenía otra opción y desde aquí podríamos decir que la vida de este personaje continúa cambiando, pero de forma mucho más veloz de lo que venía sucediendo antes. Siendo fotógrafo le sucederá un hecho que le marcará la vida y lo acompañará hasta el final de la novela.

En ese tiempo nadie les tendió una mano y al parecer lo que ellos vivían era peor de lo que su hijo nos cuenta. Pero aun así sumidos en la toxicidad de su relación seguían juntos, no por ellos ni menos por su hijo, sino por necesidad. Esta necesidad radicaba en poder escapar de todo lo que se respiraba en el ambiente, de escapar de esa violencia extrema y esa furia con la cual se encontraban todos aquellos que eran contrarios a la Dictadura:

En su vida todo era horroroso y triste. Todo era una crisis donde ellos se fugaban emborrachándose o fumando hierba o teniendo sexo casual o sacándose a alguna plaza para pretender que la vida era normal, como si pudieran apropiarse de esas pequeñas esquirolas cotidianas como botes salvavidas en un naufragio (Bisama, 2016: 19).

El padre vuelve a la agencia de prensa. Para él haber aceptado el trabajo fue una forma de escapar de todo lo que estaba viviendo y, como se mencionó, no tenía otra opción:

Porque era lo único que había, porque era eso o seguir atrapado en ese limbo donde también estaban atrapados sus amigos y familiares, donde estaba atrapada la madre de su hijo, donde estaba atrapado yo, aunque fuese un pendejo y no lo supiera; un limbo donde el horror se parecía al tedio, donde las noticias de muertes eran susurradas en las conversaciones, un limbo donde la ciudad estaba llena de

policías y militares y todos estaban locos y destrozados por el miedo (Bisama, 2016: 20).

Es ahora donde este padre va a comenzar a sentir en carne propia la cara más dura de la Dictadura. Si bien podríamos decir que a esta altura de la novela no se ve una influencia directa sobre él, solo se señala que el toque de queda había afectado su relación, pero analizando todos los factores que la arruinaron, la medida militar es una arista más y no la causa fundamental del fracaso con la madre de su hijo.

A días de haber comenzado a trabajar ya estaba en las calles de Santiago en medio de protestas, inmortalizando lo que realmente sucedía y que lo que el Régimen quería ocultar. Estas imágenes eran despachadas junto a las notas de prensa a varios periódicos de tendencia centroizquierdistas europeos. Ahí estaba el padre luchando contra los gases lacrimógenos que inundaban el aire, aunque su protección era muy precaria porque lo hacía solamente con un pañuelo, el que estaba mojado con la misma agua que lanzaban los carros lanza-agua de los Carabineros, quienes eran los encargados de reprimir todo acto de protesta en contra del Gobierno. El hijo nos cuenta cómo fue esa primera protesta a la que tuvo que ir a fotografiar su padre: “Enfocando a los manifestantes que lanzaban piedras, esquivaban balazos, eran perseguidos por zorrillos y carros lanzagua, por escuadrones de carabineros con lumas y escudos que no tenían conciencia de nada que no fuese su propia violencia” (Bisama, 2016: 21).

En este punto de la historia el hijo nos señala algo muy importante que nos sirve para seguir la evolución que está llevando su padre:

Mi padre se convirtió en fotógrafo ahí, mientras se templaba en la calle, en medio de los gases y la mierda, en medio de las cargas de caballería de las motos y los autos blindados, bajo las balas perdidas, atravesando los carteles y las persecuciones y los rostros de los muertos en los afiches hechos con serigrafías artesanales (Bisama, 2016: 21).

Podemos inferir que el entorno hostil y violento en el cual trataba de desarrollar su trabajo comienza a desarrollar en el padre una nueva personalidad, junto con atenuar su depresión. Esto porque la represión que tanto él como la mayoría de los fotógrafos, que en ese tiempo arriesgaban sus vidas por retratar lo que realmente sucedía en las manifestaciones,

era algo brutal. En este punto es importante para nosotros indicar que esta novela está muy apegada a lo que realmente sucedía en las manifestaciones, ya que, para adentrarnos más en el mundo del fotógrafo, decidimos ver un documental, el cual retrataba lo que era ser un fotógrafo en la Dictadura chilena, y en la ficción de Bisama se muestran muchas situaciones que realmente sucedieron. El documental del director Sebastián Moreno en cuestión se llama: *“La ciudad de los fotógrafos”*.

Hemos dicho que su cambio en la calle va a ser de forma muy rápida, ya que se va a encontrar inmerso en una jungla llena de violencia, sangre y muertes. Tendrá dos opciones: cambiar y aprender todos los códigos necesarios para no perecer en alguna protesta o simplemente seguir siendo el mismo, pero esto lo llevaría a encontrar la muerte muy rápidamente. Así que de la misma forma como aceptó el trabajo en la agencia es que tuvo que cambiar, o sea su cambio fue por una necesidad: “Pero él ya era otro. Fue entonces, según mi madre, cuando abandonó cualquier sueño de ser artista” (Bisama, 2016: 21).

Cuando fue a cubrir la primera manifestación vimos a un padre que estaba tratando de no intoxicarse con el humo de las lacrimógenas, para esto utilizaba un paño húmedo con el cual cubría su boca, y ahora:

Le pegaron. Lo detuvieron. Le rompieron varias cámaras. Le quitaron los rollos y se los velaron. Ahí aprendió los gestos secretos de la batalla: a reconocer a los sapos infiltrados, a descifrar los guiños de los encapuchados, a leer los silbidos en clave, las señas, los modos en que los pacos se replegaban y juntaban para atacar de nuevo. Ahí se acostumbró a la línea de fuego, mientras se encontraba con otros como él, todos perdidos en la niebla tóxica, registrando el modo en que los cuerpos resistían antes de caer al suelo, lanzándose sobre ellos para quedarse con una fracción de su dolor, porque su deber era atrapar las marcas físicas de la violencia y de ese tiempo feroz que habitaban, chocando en las calles (Bisama, 2016: 21-22).

Con el correr de los hechos que van ocurriendo en la novela se sigue mencionando toda violencia a la cual se veía expuesto el padre cada vez que salía a cubrir alguna protesta, como también a la forma a la que este se adaptaba cada vez más. En pocas palabras, el padre evolucionaba a medida que la violencia crecía, pero también se habla de cómo eran sus

fotografías: “Sus fotos eran eficaces, captaban la violencia, la congelaban sin estilizarla, huyendo de toda poesía, de toda consigna. Sus fotos eran claras, eran nítidas, no tenían dobles lecturas. La mirada de mi padre era directa, no había tiempo para ninguna profundidad” (Bisama, 2016: 23).

Fue durante este tiempo en donde en una de las tantas manifestaciones cubiertas por el padre que una fotografía le cambiaría la vida, en este punto no podríamos suponer si para bien o para mal, pero sí podemos afirmar que esto traería grandes consecuencias. Y esto tanto para él como para otras personas.

Fue por esos años cuando él sacó su foto más famosa. Ustedes la han visto. Nadie menciona su autoría porque ha pasado a integrar cierto lugar de nuestro imaginario. Mi padre nunca habló de ella. Simplemente la tomó y la foto empezó su recorrido, adquirió vida propia. La foto es en blanco y negro (Bisama, 2016: 23).

Pero hasta aquí la fotografía en cuestión podría ser perfectamente como cualquiera de las muchas que a esa altura había tomado en medio de las manifestaciones, que representen el horror de la represión, pero luego se nos revela el contenido de esta imagen, que tuvo el poder de marcar un antes y un después en la vida de este hombre marcado por la depresión, por la inestabilidad y desde hace un tiempo por la violencia.

La foto es borrosa: un carabiniero amenaza con un revólver a una muchacha que está en el suelo. La muchacha no se tapa la cara ni establece ninguna clase de defensa, solo mira con los ojos abiertos el arma que está a centímetros de su rostro. Detrás, la gente corre, volviéndose difusa. Detrás, un cine del centro publicita un par de películas pornográficas. Lo importante es la línea recta que va desde los ojos de la muchacha hasta el arma, ahí todo se transforma en una tensión muda que anima los músculos del brazo, concentrado en la violencia detenida que aún no se desata. La tranquilidad del rostro del policía solo aumenta la tensión al volverla agobiante para quien contempla la imagen: él es un robot, una máquina asesina, alguien que ha dejado su alma dentro del revólver. Su rostro es el de un muerto, de un zombi, deja de ser quien es para volverse solo alguien que empuña un arma. Él es el arma (Bisama, 2016: 24).

Hay dos situaciones que hacen que esta fotografía sea especial; por un lado, sabemos que fue premiada y que por esta imagen el padre ganó algo de dinero extra. Y esto como siempre lo sabemos en voz del hijo: “La foto ganó un par de premios y circuló de modo profuso por todos lados. A él le cayó algo de plata y me regaló un Atari. A mi madre la invitó a comer” (Bisama, 2016: 24).

Y, por otro lado, es especial por las consecuencias tanto para él como para quienes aparecen en ella, en específico para los funcionarios de Carabineros, quienes fueron dados de baja por este hecho. Sobre esto su hijo nos señala que:

Una semana después lo detuvo la CNI y lo llevó a una casa de tortura en el barrio Yungay. Lo quemaron con cigarrillos, lo patearon en el suelo y le aplicaron electricidad en los testículos. Le preguntaron por la gente de la agencia, por dirigentes que no conocía, por personas con las que se había cruzado en la escuela de arte. Lo amenazaron con mi madre y conmigo. Le contaron que le había cagado la vida al paco de la foto, que había tenido que dejar la institución, que no tenía con qué mantener a su familia, que quién se creía él para cagarle la vida a un funcionario (Bisama, 2016: 24-25).

Es difícil emitir algún juicio o adivinar lo que sintió específicamente el padre en ese momento, pero para poder ponernos en los zapatos de él es que recurrimos a un documental llamado “*Estadio Nacional*”, en el que varios detenidos y detenidas cuentan cómo fueron sus torturas; en sus rostros uno puede sentir el miedo que invadía sus cuerpos mientras eran ejercidas las torturas.

Al volver a la novela en este punto es que el padre cambia definitivamente; fue apresado por el periodo de una semana y no podríamos precisar que durante todo este tiempo fue torturado, pero sí nos arriesgamos a decir que esa semana que vivió debió haber sido horrorosa. Si bien sobrevivió a las torturas, fue encontrado una semana después: “Lo dejaron botado en un peladero cerca de la rotonda Grecia. Le quebraron el brazo izquierdo y quedó lleno de cicatrices, de cortes en la cabeza y marcas de cigarrillos en el pecho. El resto de su cuerpo no tenía cicatrices. O no tanto. No eran visibles” (Bisama, 2016: 25).

Luego de este hecho, ya casi terminando el año 1985, es que la represión que estaba ejerciendo el Régimen en contra de sus disidentes cada vez era más violenta y con esto comienza en el padre a surgir la idea de cambiar de aire, porque todo esto lo tenía cada vez más asfixiado. Es por esta razón que decide tomar vacaciones: “Dos meses. Necesitaba parar, sanar las heridas. Borrarse” (Bisama, 2016: 26).

Las secuelas de su detención y torturas provocaron que su personalidad cambiara de tal manera que frente a noticias de asesinatos se quebrara fácilmente, esto sucedía porque él empatizaba y se sentía una víctima, quizás la diferencia es que él, si bien vivía, muchas veces se sentía muerto en vida.

De esta forma es como el padre se entera de la muerte de un joven colega, quien al igual que él trabajaba en una agencia de noticias. Este joven había nacido en Chile, pero creció en el extranjero en donde también creció su pasión por la fotografía. Conoció a un fotógrafo, quien se convertiría en el maestro de este joven; quizás esa juventud lo llevó a ser descuidado cuando estaba cubriendo manifestaciones: “Le costó aprender las reglas básicas de seguridad, se exponía de modo innecesario, no sabía cuidarse” (Bisama, 2016: 32). Lamentablemente su arriesgada forma de vivir hizo que cayera detenido por cuerpos militares, quienes a él junto a otra chica rociaron con bencina y prendieron fuego. Él murió y ella sobrevivió, esto fue muy duro para el padre: “La muerte del muchacho quebró a mi padre” (Bisama, 2016: 33). Y aparte de ser un golpe muy bajo para él, lo hizo reflexionar y por primera vez pensar que no vivía por inercia ni menos al ritmo de la violencia que inundaba las calles en cada protesta:

Esa muerte horrorosa, la muerte del muchacho quemado lo había quebrado, lo había obligado a observarse a sí mismo en relación a la violencia que le adjudica a otros, haciéndolo preguntarse cuánto de aquello se le quedaba pegado al cuerpo, cuánto lo invadía como si fuese un virus, una enfermedad hecha de fotografías que permanecían en la oscuridad, sin ser reveladas (Bisama, 2016: 33).<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Se hace referencia al emblemático “caso quemados”, en donde dos jóvenes (Carmen Gloria Quintana y Rodrigo Rojas De Negri), en el año 1986 en medio de protestas, fueron atrapados y atacados por una patrulla militar. Él, producto del ataque falleció con el 62% de su cuerpo quemado y ella, logró sobrevivir con el 62% de su cuerpo quemado.



En este punto de la novela se nos revela que el padre fumaba marihuana, la cual era proporcionada por un amigo de él. La razón por la que la consumía era para combatir la ansiedad y porque esto lo hacía evadir todo lo que estaba pasando, lo que lo hacía sentir bien. Esta ansiedad radicaba en que él todos los días y a cada momento esperaba que fueran por él, que fueran a apresarlo nuevamente. En el documental de los fotógrafos se menciona que su labor en las manifestaciones fue hacer sentir a los manifestantes seguridad. Esto porque si alguien desaparecía habría registro de cuándo fue la última vez que se le vio con vida, muchas manifestaciones en Dictadura no comenzaban hasta que llegaran los fotógrafos y ahí radica en parte la gran represión que existía hacia ellos. El fotógrafo se convirtió en un agente que sin buscarlo fue un luchador frente al Régimen.

En este punto de la novela el padre presenta señales de estar muy aquejado psicológicamente: el entorno hostil, la violencia, el miedo a ser nuevamente apresado va generando una constante crisis en él, la que, segundo a segundo, se va acrecentando, ni la marihuana podía contenerlo. Podríamos decir que ya no era vida lo que él tenía, sino que simplemente trataba de sobrevivir a través de sus crisis. La espera lo martirizaba y lo mataba lentamente, esta eterna tortura lo carcomía y lo llevaba incluso a estar paranoico pensando que ya había llegado su momento:

Dormía en un sillón, pero nunca se quedaba quieto. Se levantaba a cada rato a mirar la ventana, corriendo el visillo blanco de modo silencioso, paranoico por los ruidos de la calle, paranoico porque había terminado de darse cuenta de que las imágenes eran peligrosas al punto de ponerlo en riesgo a él y a quienes lo conocían (Bisama, 2016: 34).

Pero su inestabilidad se demostraba también en la necesidad de volverse un nómada dentro de toda esa sociedad sedentaria, la que por miedo estaba paralizada. Él necesitaba estar en un constante movimiento, y esto radica en que el estar en un constante movimiento lo ayudaría a no tener que pensar. De esta forma podría alejarse de forma forzada de los miedos que lo aquejaban:

Mi padre en esa época vivía en constante movimiento, detestaba llegar a dormir a su departamento en Providencia, que permanecía abandonado por semanas. Detenerse lo obligaba a pensar, a tener alguna clase de introspección que no podía permitirse (Bisama, 2016: 34).

El padre, al igual que otros muchos fotógrafos, ya no era uno mero registrador de hechos que se producían en las manifestaciones. Él ya era parte de ellas, al igual que los manifestantes, las piedras, la represión, los carros y fuerzas policiales. El fotógrafo era un actor más, el que junto a su cámara le hacía frente a esa Dictadura que los asfixiaba día a día:

Además, estaba la adrenalina. El riesgo. El momento en que su ojo dejaba de ser su ojo y su brazo y su cerebro actuaban de modo mecánico, porque identificaban el momento, avanzando o retrocediendo en el tiempo para capturar algo inasible que solo él y sus amigos podían identificar entre la masa. Porque todos estaban locos. Todos olían a sangre. Todos vivían en la cuerda floja. Todos respiraban pólvora (Bisama, 2016: 35).

“Todo reventó, avanzando desde lo inofensivo y lo invisible hasta convertirse en algo intolerable” (Bisama, 2016: 37). Corría el año 1987 y todo lo que hasta este entonces ha tenido al padre al borde del colapso, va a explotar. Y con esto se producirá un giro en la vida del personaje, porque por primera vez decidirá cambiar su destino o, mejor dicho, eso tratará de hacer. Hasta este momento el padre está sufriendo una inestabilidad emocional enorme, la que ha sido producida por todo lo que ha vivido. El miedo por sobre todo está dañándolo psicológicamente y la angustia de que lo fueran a buscar en cualquier momento lo está matando lentamente.

Nos podríamos preguntar ¿qué es lo horrendo que observó el padre para que decidiera irse? A estas alturas el padre en su calidad de fotógrafo ha observado todo, o quizás casi todo. En el año 1987 fue encargado por la agencia en donde trabaja de registrar, nada más ni nada menos, que los lugares en donde los militares iban a botar los cuerpos de la gente que habían torturado y asesinado:

Le pidieron fotos de esos peladeros, de esas canchas de fútbol, de esos paraderos de micros donde ya no había nada, de la arquitectura derruida de esas casas viejas donde las señales de muerte se habían colado en la pintura descascarada, de las ventanas convertidas en bocas abiertas como fauces sin fondo (Bisama, 2016: 37).

Obviamente este trabajo no fue de su agrado, ya que en ese momento lo que menos quería era estar sometido a más violencia y así no agravar más su estado de salud. “Llevaba varias semanas sintiéndose mal. Le dolía la cabeza y tenía revuelto el estómago.” (Bisama, 2016: 37). Pero lamentablemente era su obligación, así que tuvo que acatar la misión. “Trató de tomar el encargo con cierta tranquilidad” (Bisama, 2016: 38).

El trabajo no fue fácil, ya que muchos de los sitios habían sido destruidos y tuvo como misión el ir reconstruyendo todos los lugares, para esto compró un mapa de la ciudad de Santiago. Y es así como fue fotografiando todos estos lugares en donde se habían botado cuerpos y a personas moribundas: “Mientras sacaba fotos, se preguntaba si podía reconocer el sitio donde lo habían dejado a él mismo, el punto exacto de la ciudad en donde lo había terminado de quebrar”. (Bisama, 2016: 40).

Finalmente, este trabajo terminó por agotar física y psicológicamente al padre: “Esa semana mi padre colapsó”. (Bisama, 2016: 41). Y de este colapso nace por necesidad, así como haber aceptado ese trabajo en la agencia alguna vez, decidir irse y esto porque no tenía otra opción. Otra vez estaba en una encrucijada, ya que si seguía inmerso en ese ambiente terminaría por morir, y esto quizás no por fuego o golpes de los Militares, sino moriría de locura, lo que sería peor que la otra opción, porque esta sería lenta y más dolorosa: “Una noche llegó a nuestra casa para decirnos que se iba. Temblaba. Dijo que estaba resfriado, pero era mentira”. (Bisama, 2016: 41).

Y es aquí cuando finalmente decide irse a Chiloé y se queda en la casa de un familiar que no conocía tan bien, pero lo importante era desconectar de Santiago, por lo que pensó alejarse de las manifestaciones, de las lacrimógenas, de la violencia. Esa violencia que convivió con él y que pensaba que por fin había dejado atrás.

Antes de partir se dio la suerte de una pequeña conversación con su hijo, la que para él tenía un tono de despedida: “Él me decía que estaba bien, que las costras iban a caerse, que la piel sanaba, que las imágenes quedaban y esa imagen que él había atrapado lo iba a sobrevivir, que yo debía estar orgulloso de él porque él había sido valiente y esta imagen lo había cambiado” (Bisama, 2016: 26).

Ya era el año 1988 y a estas alturas la Dictadura estaba casi terminando y la comunicación entre padre e hijo no era como había prometido el padre, pero sí hablaban por teléfono de forma más o menos seguida. Así que el lazo no estaba tan roto, aunque la distancia fuera enorme. En ese mismo año fue el primer viaje del hijo al sur en sus vacaciones. El padre como buen anfitrión lo llevó a recorrer todos los lugares que conocía, incluyendo el mar. Al parecer no pudo con las expectativas de su hijo. Para él el sur es: “Triste y helado” (Bisama, 2016: 51).

Y esto se vino repitiendo por varios años y así la relación se mantuvo entre el padre y su hijo. Este último ya estaba más grande, así que ya iba más de una vez a Chiloé y el padre había comenzado a visitar Santiago con más regularidad, si bien no era solo por visitar a su hijo, ya que tenía más visitas donde su tío (dueño de la casa en Chiloé) y reuniones de trabajo con algunas municipalidades que le encargaban fotografías para algunas revistas. A estas alturas ya no trabajaba como fotógrafo, sino que lo tenía más como un pasatiempo. En su lugar se estaba dedicando a la pintura y estaba realizando algunas clases en un colegio en Chiloé. Hasta aquí se podría pensar que la vida del padre estaba por fin quieta y que solo podría tener tiempo para poder tratar de sanar las heridas del ayer, esas heridas que no son superficiales, sino profundas y duelen mucho más. Lamentablemente, esto solo quedaría como un sueño tanto para él como para su familia: “Un mes más tarde un policía de Castro me llamó para decirme que habían encontrado los cuerpos de dos hombres en su casa y que él había desaparecido” (Bisama, 2016: 60).

A estas alturas de la novela la Dictadura ya se acabó. Y en este escenario la llamada que recibió el hijo causa mucha duda, ya que su padre, ni en el peor de todos los malos momentos que vivió en los años ochenta, se vio envuelto en algo tan extraño como que dentro de su casa hayan encontrado los cuerpos de hombres muertos. Pero el padre había desaparecido y con esto la incertidumbre crecía a pasos agigantados:

Habían encontrado dos cuerpos en el living de la casa de Dalcahue. Los hombres trabajaban para el Servicio Agrícola y Ganadero, el SAG. Tenían colgadas sus identificaciones en el cuello. Les habían disparado a quemarropa. Con perdigones. Mi padre había desaparecido. No estaba ahí. La puerta estaba abierta (Bisama, 2016: 61).

Es por esto que el hijo ante el llamado policial viaja a Chiloé a averiguar qué había pasado, y sobre todo para saber dónde estaba su padre. Este hecho lógicamente causó un revuelo tanto para él como para toda su familia. Su pareja estaba embarazada de cinco meses y no le puso trabas para que él viajara, solo le pidió que se cuidara y regresara pronto. La noche anterior a que el hijo tomara rumbo hacia Chiloé, ella tuvo una conversación con él y le comentó lo que ella veía en su suegro:

Me dijo que quería a mi padre, pero había algo en él que ella no entendía, que le costaba comprender. Me dijo que se trataba de algo difícil de explicar. Sabes hay algo que no está, sabes que algo arrancó de él. El sentido de lo que dice, el corazón de cualquier cosa que podría enseñarte no está, se fue a otro lado. Eso está en su mirada. Tú no te das cuenta porque lo conoces desde siempre, porque es tu papá, pero eso está ahí, esa oquedad, ese vacío. Hay un momento en el cual no puedes ver más allá, como si todo lo que es él se cerrase y no pudieses seguirlo en la oscuridad (Bisama, 2016: 62).

Y es aquí cuando comienza a ocurrir una serie de hechos que acrecientan la inquietud que estaba rodeando al caso como también a la familia de este padre. Es como si estuviese marcado por la desgracia y esta lo siguiera a cualquier lugar a donde él tratase de escapar. Incluso llega a ser un poco tragicómico porque como se mencionó, ni en los peores momentos en los que vivió durante la Dictadura, en medio de las manifestaciones, había estado envuelto en algo así. Ahora ya no era una víctima. Hoy se tenía la mínima sospecha de que él estaba involucrado en la muerte de estas personas, pero el misterio continúa cuando se comienza a saber en qué circunstancias llegan estos agentes a la casa del padre.

En una reunión con el oficial que estaba a cargo de la investigación, se le cuentan los detalles que hasta ese momento se sabían del caso:

Entonces el oficial me dijo lo que había ocurrido. El día anterior, en la mañana, dos funcionarios del Servicio Agrícola y Ganadero habían ido a ver a mi padre. Los dos estaban a cargo de la supervisión de algunas especies protegidas de la isla. El oficial no sabía por qué habían ido, pero la visita había quedado registrada ahí, en un oficio. Según el jefe de los funcionarios, que había revisado durante el día sus computadores, más allá de la data de la cita, no había indicaciones precisas de la razón de la diligencia (Bisama, 2016: 64).

Al día siguiente de la reunión con el oficial es que el hijo los acompañó a la casa donde vivía su padre. Para la policía era importante que él fuera, ya que como él conocía ese lugar podría aportarles datos y encontrar pistas que pudieran contribuir a la investigación. En la visita también fue un médico, el que estimó cómo pudieron haber sido las muertes de estas personas: “Los disparos fueron hechos a quemarropa con una escopeta. Las muertes habían sido inmediatas” (Bisama, 2016: 64). Y es así que durante esta diligencia dan con el paradero

de unos rastros de sangre en la puerta trasera; con esta pista llegan a un bosque en donde a su vez encuentran los zapatos del padre. La casa que había sido inspeccionada por el hijo no presentaba muchas anormalidades, solo le pareció extraño que hubiese un televisor nuevo y que él no le haya contado. Pero del padre no había rastro:

Supieron que eran sus zapatos porque en ese momento llegó un colega del colegio donde trabajaba y él dijo reconocerlos. El mar estaba agitado. Supusieron que mi padre se había metido al agua. No pudieron decir más. Revisaron la casa y no encontraron más rastros (Bisama, 2016: 66).

Luego de esto el hijo regresó a Santiago y se llevó con él un gato (Copito) que vivía con su padre. Copito había desaparecido, pero lo encontraría por casualidad. Él lo reconoció o quizás pensó que era su dueño, ya que el tono de voz entre el hijo y el padre era muy similar.

Posteriormente el hijo volvió varias veces a Chiloé con la esperanza de saber algo de su padre, a quien lo había tragado la tierra. No había ninguna pista para saber qué había sucedido con él y menos saber si él había tenido alguna participación en la muerte de estos dos funcionarios. Mucha gente se sumó a la búsqueda: policías, bomberos, pescadores y buzos. Y había sentimientos encontrados en la familia, ya que nadie quería resignarse a que el padre estuviese muerto. El hijo sufría una pugna interna entre pensamientos que lo llevaban a ver a su padre vivo y otros sentimientos de verlo muerto. Pero en el fondo de su corazón sabía que él estaba vivo. Su abuela incluso decía verlo a veces. Esto se contraponía con lo que pensaban las autoridades, ya que para ellos el padre había muerto. No había más que buscar, ya no habían pistas ni señales que le dieran luz a la investigación.

Y, como se pensaba, la investigación al cabo de dos meses cesó y ya nadie hablaba del caso, ya que había nuevos hechos que colmaban la opinión pública. Ni para el SAG era obligación seguir indagando lo que había sucedido con sus dos funcionarios, ya que no dijeron nada cuando el caso se había cerrado.

El hijo ya estaba entrando en un estado en el cual sentía que su padre no aparecería nunca más. La desesperanza y resignación lo inundaban, habían pasado meses y no se sabía nada de él: “Cuando nació mi hijo yo ya había perdido toda esperanza de encontrar el cuerpo de mi padre” (Bisama, 2016: 78):

El hijo ya había nacido, Copito seguía con ellos y en esos momentos en donde los pensamientos llevan a las personas a otros planos, él llegó a pensar que quizás el alma de su padre vivía en el gato y los acompañaba. Copito estuvo con nosotros todo ese tiempo mientras las noticias de mi padre comenzaron a escasear; el niño crecía y el gato se convertía en su socio. A veces yo miraba al gato pensando en que el espíritu de mi padre se había metido en su cuerpo (Bisama, 2016: 79).

Pero aun así siempre seguía esa pequeña esperanza en su corazón de que el padre no estaba muerto, de que no había ningún espíritu en el gato, porque su padre estaba vivo. No sabía cuándo aparecería, pero lo que sí sabía era que nuevamente la vida de él sufriría otro cambio y los reencontraría. Sufrió tantos embates durante la Dictadura, cómo no podría sobrevivir a otros: “Pero el alma de mi padre no estaba en el gato. De hecho, yo presentía de que él no estaba muerto y por eso me costaba tanto despedirlo” (Bisama, 2016: 79).

Lamentablemente toda esta carga psicológica que estaba cargando el hijo, desde que lo llaman para avisarle sobre los muertos en casa de su padre, luego la desaparición de este, desencadenan una crisis que ni él pudo haber pensado algún día tener. Es como si lo que pasó su padre un día se estuviese repitiendo con el hijo, la única diferencia es que este trataba de controlar todo y así evitar problemas con su pareja:

Despertaba sudando, de madrugada, tratando de quedarme en silencio, intentando sincronizar mi respiración con la de mi mujer para abandonarme a un ritmo ajeno que me calmara, que me permitiera dormir. Funcionaba a veces; otras, simplemente me levantaba e iba a ver la cuna de mi hijo y me quedaba mirándolo, intentando descifrar sus sueños (Bisama, 2016: 80).

En este punto la resignación estaba apoderándose del hijo al extremo de que sentía que todo lo relacionado con su padre había llegado a su fin. Quizás toda esa vida violenta que tuvo, la cual no eligió, sino fue lo que le tocó vivir, tenía que tener un fin así. Un fin misterioso, un fin para que nadie supiese qué fue lo que realmente sucedió con él:

Yo pensaba que así había terminado todo. Mi padre había sido un hombre que había desaparecido en el mar. Alguna vez había sido fotógrafo. Sus fotos habían significado algo. Habían captado el espíritu del tiempo. Ahora ya no estaba

con nosotros. Detrás suyo había un enigma que nos importaba solo porque nos remitía a su ausencia (Bisama, 2016: 80-81).

Luego en la novela aparece una ex pareja del padre, quien llega a aportar más datos sobre él. Datos que su hijo ni nadie sabía. Su nombre era Nora, el hijo tenía algunos recuerdos vagos de ella, algunas fotos en donde ella aparecía con su padre, también recordaba que él se sentía feliz cuando hablaba de ella. Nora pidió reunirse con el hijo para entregarle algunas cosas que sentía que él debía tenerlas. Lo más enigmático de lo que ella les contó (él fue acompañado de su mujer) fue que nunca cesaron esos problemas psicológicos que tanto lo aquejaban cuando estaba en Santiago:

Cuando vivimos juntos, él siempre tenía pesadillas. Despertaba de noche y se paseaba por la casa. Se sentaba en la escalera que daba al patio de atrás y se tapaba con una manta y miraba la lluvia caer en el bosque. Cuando lo encontraba así, lo obligaba a volver a la cama. Él se acostaba, pero no dormía. Yo trataba de dormir. Él ni siquiera lo intentaba. Yo sabía que estaba con los ojos abiertos, mirando a la oscuridad, tratando de ocultarme su insomnio (Bisama, 2016: 93-94).

Nora y el padre se habían conocido en el colegio, ya que ambos trabajaban ahí. Luego había comenzado la relación, la que no funcionó por la diferencia de edad y se terminaron separando. Esta separación por lo que cuenta Nora no fue violenta, sino al contrario fue en paz. Cosa que no le agradó mucho a ella, ya que ella hubiese preferido que hubiese tenido violencia y gritos.

Nora también cuenta de que de un momento a otro el padre comenzó a faltar al trabajo, utilizaba licencias médicas por una supuesta enfermedad, de la que nadie sabía. Ella había preguntado el motivo de estas licencias: “Casi todas las licencias eran por resfríos y cuadros respiratorios, aunque era posible pensar en algo más. Se las daba un doctor de Ancud que era amigo suyo y que le había comprado algunos cuadros suyos, así que probablemente eran falsas” (Bisama, 2016: 93).

Finalmente, Nora le entregó al hijo un sobre en donde venían muchas fotografías que por lo que cuenta él, estaban veladas: “Todas mostraban un rectángulo negro. Las miré, luego se las pasé a mi mujer. Ninguna era distinta a la otra” (Bisama, 2016: 94). El hijo había quedado desconcertado porque no entendía qué significaba eso. Nora le cuenta que ella le



había regalado una cámara Polaroid a su padre. Estas fotografías habían llegado de forma periódica a la casa de Nora, ella no quiso dar aviso a la policía, quería protegerlo. Ella sabía que él estaba vivo y trataba de descifrar algún mensaje entre esas fotografías veladas, pero no encontraba nada. Un día en una de esas tantas cartas venía una dirección, ella les cuenta de que lo fue a ver y le da la dirección al hijo. Él lo quería ver, pero no quería que nadie se enterara. El hijo recordó que la dirección estaba en un lugar al que su padre lo había llevado alguna vez, en una de esas visitas que tuvo a Chiloé.

Por esta razón es que el hijo vuelve a Chiloé. Esa mínima esperanza que siempre tuvo, esa resignación a enterrarlo hoy era la prueba de que siempre tuvo razón. Su padre estaba vivo, su padre seguía teniendo una vida llena de giros inesperados y lo iba a ver, quizás le preguntaría qué le había sucedido, quizás no lo haría. Al llegar a Chiloé un amigo de su padre, Carlos, lo llevaría a donde él se encontraba. De esta manera, él se reencuentra con su padre; lo notó diferente, o quizás no recordaba bien la última vez que lo había visto y por eso sentía que había cambiado, que era otro: “Tenía el pelo muy largo y se había dejado la barba. Se veía más pequeño de lo que lo recordaba”. (Bisama, 2016: 111).

En este reencuentro solo se dedicaron a fumar marihuana, no hablaron de lo que había sucedido, pero sí el padre le pidió perdón por no haber avisado, por haberlos tenido en suspenso y no haber dado señales de vida durante todo el tiempo.

De esta manera se generará una conversación entre el padre y el hijo a modo de confesión para explicar por qué había llegado a Chiloé y cómo se vio afectada su manera de pensar luego de salir de Santiago. “Dijo: me vine acá porque estaba mal. Ahogado. Eso debes entenderlo. Santiago es una ciudad creada para hacer daño. Santiago no es un buen lugar. Santiago no tiene luz. Nunca te lo dije” (Bisama, 2016: 119).

El hijo comienza a interiorizarse en las problemáticas que vivió su padre. Considerando el viaje hacia la Isla Grande como una oportunidad única de saldar una conversación que nunca antes se pudo dar con la madurez suficiente para comprender los recuerdos que siguen hasta estos rincones al fotógrafo:

Yo estoy muerto para todo el mundo, eso es lo que vale. Nunca me perdonaré por haberlos hecho pasar por esto. Luego hablaremos. Luego arreglaremos nuestros

asuntos. Tú viajaste y yo debo contarte todo. Eso es lo que nos compete por ahora, dijo. Vuelvo a lo de antes, entonces (Bisama, 2016: 119).

De este modo, empiezan a quedar atrás los miedos que consumen al padre y se atreve nuevamente a contar lo vivido a fines de la década de los ochenta, llevándolo a recordar lo vivido en las calles y sin poder desligarse de las capturas llenas de sangre y tortura. Imagen propia de su vida, imagen propia del país. Esto lleva al torturado a crear una máscara que muestre lo que realmente no es:

Creé una máscara para ti, pero tú pudiste ver más allá de ella y te diste cuenta de que estaba roto y nunca me juzgaste a pesar de que sabías que la ciudad me estaba matando, que no podía aguantar más, que estaba rodeado de muertos, que avanzaba a tientas en la luz sucia, en medio del humo y los gases, con los pulmones perforados por la mierda tóxica, solo. Completamente solo, como se puede estar en medio de una batalla, en medio de los que caen al suelo y de la sangre y de los gritos y de los rostros de los pacos armados (Bisama, 2016: 120).

El personaje se va apartando de todo lo que pueda conectarlo con lo ocurrido en tiempos de injusticia social, donde el reportaje estaba censurado, donde lo que se informaba no era lo que estaba pasando realmente. Debido al encapsulamiento que crea el ordenamiento armado, silenciando toda expresión que muestre la perversión del milico o del paco que se levanta frente a su propia sociedad que sufre y no encuentra consuelo a sus pesares.

Es así como se va haciendo parte del paisaje aún indómito, apartado de las desgracias colectivas, viviendo en la soledad de lo sencillo, sin mayores ruidos que acusen el movimiento desesperado de los autos o peatones que transitan en las avenidas de Santiago, peleando por el derecho de crecer dignamente en una capital que busca limpiarse del capitalismo, sacando la voz para que nunca más se ignoren los crímenes cometidos en cada rincón de la ciudad.

Por lo mismo, Bisama genera una mirada holística del oprimido, donde las emociones y las palabras se ven acompañadas del paisaje destruido y ruidoso de un Santiago que sólo causa repulsión en los años ochenta y que viene a cambiar radicalmente la forma de percibir el entorno a través del padre, debido a que el paisaje es un analgésico que calma el daño ético

y moral. Ahí la soledad será el único refugio, viviendo en el anonimato, apartado del gas y de las balas.

Abandoné todo. Te abandoné. Recuerdo esos últimos días. Recuerdo no haber querido irme, haber deseado ir a ver a mi tío y decirle que me arrepentía, que no iba a viajar a ninguna parte. Pero lo necesitaba. Fue lo mejor. Para todos. Ahora me doy cuenta. Estuvo bien. O casi bien. Venirme me curó. Tú conociste la casa. No tenía mucho. Viví con lo mínimo. Me las arreglé. Aprendí de la soledad. Me gustó el pueblo de cuatro casas. Me gustó ser el fantasma con el que los vecinos no sabían cómo hablar, el misterio de la temporada que luego dejó de ser un misterio porque se volvió parte del paisaje. Me gustó Chiloé. El frío. La lluvia. La sensación de ser un desconocido, perderme en pueblos secretos, caminar por cementerios llenos de hierba verde bajo la lluvia (Bisama, 2016: 121).

Se genera una complicidad entre padre e hijo de modo que la vida de uno pasa a ser la vida del otro. La visita del hijo se transforma en una terapia que ayuda a recuperar el lazo familiar que se perdió, debido a la introspección que lleva día a día el padre:

Pero cuando te ibas volvía el aburrimiento, los días monótonos, el desamparo, aunque nada se comparaba con Santiago, con el recuerdo de Santiago, con la sombra de ese mundo que había abandonado. Porque todo era soportable en comparación con eso. Todo se deslizaba en un dulce tedio, dijo, y eso era mejor que el miedo y el recuerdo del miedo (Bisama, 2016: 123).

En ese sentido, se aprende a vivir con la soledad y la tranquilidad de una isla olvidada al extremo del país, en el sur de Chile, donde el único llanto que se siente es el agua cayendo por las ventanas, efecto natural de la lluvia que refresca la hierba. Esto en el padre la capacidad de adaptación ante un entorno que es ajeno a su concepción de ciudad, debido a la congestión de las calles y a la rapidez de la vida que se puede observar en Santiago, sacudida por la contaminación del smog debido a la industrialización que se está desarrollando en ese entonces.

Todo lo que suponía una alteración a la forma sana de vivir en sociedad, libre de problemáticas sociales, sin estar pensando en la censura intelectual para agradar a unos pocos,

será parte del pasado. Esto deja momentáneamente en pausa las dolencias y el sufrir alejado de una ciudad quebrada.

El padre comienza a relacionarse con su hijo, le cuenta sobre Nora, la mujer que lo acompañó en los momentos más complicados y de reflexión ante las decisiones tomadas en su juventud: “Esa fue nuestra vida hasta Nora. Nora apareció de pronto. Tú conoces su historia” (Bisama, 2016: 131). Así comienzan a aparecer los fantasmas del pasado, ante la atención del hijo.

Saldrá a la luz la mujer que fue capturada fotográficamente por el padre en las calles, Mónica, quien busca en Chiloé la forma de agradecer no quedar en el olvido, sin justicia por lo cometido en las calles mediante las revueltas entre fuerzas armadas y personas inocentes que buscaban una salida a sus problemas sociales: “Mónica, dijo la mujer. Así me llamo. Me preguntó si sabía que ese era su nombre. Le dije que no. Nunca lo supe, dije. Ahora lo sabes” (Bisama, 2016: 137).

Rápidamente comienza a generarse una conexión entre Mónica y el padre. Ya no estaba tan sólo en la isla, había conocido a Nora y luego, sin pensarlo, aparece una mujer joven que toca a su puerta para conversar con él; se trata de la mujer de aquella foto donde es apuntada con una pistola por un “paco”, siendo vulnerada en su forma de expresar descontento. Ahora, encontraría al hombre que le ayudó a ejercer presión a través del medio informativo. El hombre que fielmente cumplía órdenes del régimen sería removido de sus funciones. La imagen se logró dar a conocer en el extranjero, cruzó fronteras en tiempos donde la censura y el manejo de información estaba a la orden del día:

Ella era flaca, sus brazos eran huesos. Se sentó sobre mí y me pidió que no hablara. No lo hice, dijo mi padre. Nora era cálida, su piel era un abrigo, deseaba quedarme con ella para siempre. Mónica era un desierto, un sol abrasador, un cuchillo que te atravesaba bajo los pulmones, mientras la lluvia golpeaba las ventanas (Bisama, 2016: 143).

Luego de hablar con el hijo sobre sus experiencias con Nora y Mónica, el padre comienza a recordar sus tiempos de fotógrafo y cómo era su día a día revelando fotografías de aquellos sucesos históricos que nos marcaron para siempre: “Yo era alguien que traficaba

con imágenes. Alguien que las manipulaba, alguien que se internaba en los cuartos oscuros y solo era iluminado por una luz roja, por una luz que no era luz” (Bisama, 2016: 148).

Empieza a conmemorar pasajes de sus días en Chiloé, contando la importancia de las vivencias tanto sentimentales como personales. Reflexiona sobre el proceso de conocer a alguien más y conocerse a sí mismo:

Me volvió loco ponerme una máscara y salir a trabajar, mientras sentía que mi piel se quebraba y algo se me deshacía dentro. No lo sabía entonces. No lo podía precisar, dijo mi padre. Ahora puedo porque ha pasado el tiempo y porque extraño eso que tenía, ese mundo pequeño donde me revolvía en busca de calor. Pero todo termina. Todo se acaba. Tú estás acá para saber qué pasó. No pasó mucho. O sí. Nora se fue. Mónica me rompió en pedazos. Perdí una pelea. Me dediqué a ver películas clásicas y a escuchar rock viejo. Estuve deprimido. Viví en un pozo oscuro. Me ahogué en ese pozo (Bisama, 2016: 150-151).

El padre, luego de escapar de Santiago, se ve envuelto en amores y desamores, riñas y soledad. También genera un lazo importante con el entorno natural y las personas que habitan la isla. Abre su baúl de recuerdos para contar al hijo cómo desarrolló una relación de amistad con Copito, un gato blanco como la nieve que haría compañía a su soledad y daría calidez a su hogar día y noche: “El gato fue importante, dijo. ¿Quieres saber qué pasó?” (Bisama, 2016: 151).

Aparecerán sujetos en la vida del padre que buscarán complicar la permanencia de Copito en su hogar, hablamos de Urbina y García, dos agentes del SAG que investigan la muerte de unas aves que están protegidas, buscando inculpar al gato en la desaparición de los animales. Esto afecta la salud del padre, debido a que estos hombres lo perseguirán, lo interrogarán y harán que sea más difícil vivir en paz al sur del país. Recordarán los momentos de persecución política que vivieron tantas personas y por las cuales sufrieron torturas y muertes.

La situación complica tanto al padre que su consumo habitual de marihuana negra será pausado. Busca calmar su ansiedad ante la maquinación de personas que sólo buscan hacer daño. Esto interrumpe la escasa paz que había conseguido hasta ahora:

Dejé la marihuana. Tuve miedo de volverme paranoico. Ahora me doy cuenta de que fue un error. Esos días soñé mucho, dijo mi padre. Soñé con barcos con las velas en llamas. Los barcos tenían boca. Los huesos de la tripulación eran sus dientes. Soñé con bosques que estaban vivos. Soñé con brujos. Soñé con carros policiales. Soñé con cines donde proyectaban películas de horror de caravanas de esqueletos que atravesaban el desierto en una procesión buscando al dios de los muertos (Bisama, 2016: 174).

Bisama muestra a través del personaje sus miedos y pesares que siempre encuentran la manera de hacerse presente en fotografías que muestran un delito, en personas siendo reprimidas por la acción policial o simplemente asesinadas. Es así como el padre se ve asediado por el pasado y por la incertidumbre del presente cuando vuelve a sentirse presionado por Urbina y García, quienes, a través de grabaciones y fotos, logran demostrar que Copito había matado más de cuarenta zarapitos. Esto era una amenaza para el entorno natural, especialmente para una especie protegida:

Ha matado a cuarenta y seis zarapitos, dijo García. Ha acabado con varias bandadas completas, dijo y cerró el computador. Yo pregunté: ¿Qué pasa ahora? Urbina me dijo: tiene que entregarnos a su gato para que lo sacrifiquemos. Es una broma, dije. No, respondió Urbina. Es la ley, dijo. Usted no puede cuidar de él. Usted es un alcohólico y un drogadicto y su mascota está asesinando a una especie en peligro. Así debe ser, dijo. Lo siento. Lo que llevamos en las bolsas negras son los cuerpos de los zarapitos. Ellos llegaron acá escapando, buscando un nuevo hogar, y su gato los mató. Hay que sacrificarlo, dijo (Bisama, 2016: 185).

Frente a la presión que significa sacrificar a su compañero de rutina, el padre se cuestiona si realmente Copito fue capaz de realizar aquel acto de asesinato, si realmente el gato tuvo la fuerza y la determinación para despellejar a los zarapitos: “Me quedé en silencio. Me di cuenta de que Urbina estaba esperando ese momento. Lo estaba disfrutando. Había algo de satisfacción en su amenaza. García también sonreía” (Bisama, 2016: 185).

Al ver la mala intención que tenían los inspectores del SAG contra su mascota, el padre se negó al hecho de que Copito dejara de existir. Siendo enfático en que Copito no pagaría por la muerte de los zarapitos. No encontrarían consuelo sacrificando a quien fuera su compañero de vida en la tranquila soledad.

Para Urbina y García era un monstruo, para mí era el gato que me había traído de la casa de mi hijo. Eso fue todo. Una certeza. Una claridad: supe que no se los iba a entregar, que no lo iba a sacrificar. Se los dije. Les pedí a Urbina y a García que se fueran, que no volvieran, que no aparecieran más por mi casa si su intención era matar al gato. Fui frío y enfático. Les abrí la puerta y los guíé hacia la salida (Bisama, 2016: 186).

El padre estará atento a cada movimiento que realicen Urbina y García; bajo ninguna circunstancia puede descuidar al gato que tantos momentos lindos le ha entregado, sólo porque unos inspectores buscan cumplir la ley. La justicia ya no era un tema que estuviera en la mente del padre. Ya que, debido al incumplimiento de las leyes y derechos, el hijo comprendía cómo el padre había sido afectado a lo largo de su desarrollo como persona.

Dentro de los planes del padre, también había una cuota muy alta de estrés y preocupación, debido a las amenazas que había recibido en caso de que se negara a entregar a Copito. Es así como volvió a consumir marihuana para borrar los problemas que estaban aflorando por medio del SAG, procurando tener un mayor control en su día a día para no recaer en una depresión, ya que le costaría cargar nuevamente con la tristeza y amargura de perder a un ser querido:

Tuve insomnio. Empecé a fumar más hierba. Tenía mucha. Había cambiado unos cuadros por un saco pequeño. No era muy poderosa, pero funcionaba para concentrarme en lo que tenía que hacer. Me di cuenta de que si el gato estaba afuera de la casa quedaba a salvo, podía huir y perderse, escapar donde no lo encontrarán. Copito no era tonto y era capaz de entender algunas instrucciones (Bisama, 2016: 189).

El padre no logra encontrar tranquilidad aún, sigue amedrentado por Urbina y García. El acoso por parte de los agentes es tal que llegan hasta el colegio donde trabaja: “Seguí ahí. Urbina leía o tomaba notas en un cuaderno. Me pregunté qué quería, me pregunté si pensaba que yo era tan idiota como para llevar el gato conmigo o si creía que podía sacar algo siguiéndome” (Bisama, 2016: 192).

La persecución y el hostigamiento se hacen sentir cada vez más, dejando de lado cualquier efecto de droga o alcohol que llevaran a la paranoia. El padre se da cuenta de que

los agentes lo siguen vigilando como a un criminal, lo acechan a cada paso que da, después del trabajo, rumbo al hogar todo se torna más claro. El seguimiento tiene como único objetivo que el padre pueda acceder a la entrega del gato, a la entrega de Copito. Frente a la presión el miedo se va apoderando del padre: “Sentí miedo. Sentí que se acercaba una desgracia, pero no pude determinar en qué consistía. Me puse nervioso” (Bisama, 2016: 194).

El padre comienza a entrar en un juego constante de seguidillas por parte de Urbina y García. A cada momento se mantiene observando el entorno, mirando si alguien se puede acercar por la espalda, listo para ejecutar alguna acción que lo deje imposibilitado de defensa alguna:

Las semanas que vinieron fueron idénticas. Supusieron una rutina del miedo. Urbina y García aparecían un día sí y un día no. O me los encontraba en la mañana, o estaban estacionados afuera del colegio, o me seguían en algún tramo del camino. A veces mi teléfono sonaba y no hablaba nadie al otro lado de la línea. Dejé de dormir bien. La marihuana me calmaba a veces, pero también me volvía paranoico (Bisama, 2016: 197).

Cada nuevo día estaba acompañado de más persecución, como si fueran a arrestar al padre y lo quisieran hacer desaparecer pronto. El tiempo pasa y la incertidumbre se apodera del personaje. Nada está a favor del fotógrafo, del profesor de arte, absolutamente nada. Por otra parte, nadie sabe lo que está ocurriendo con el padre, no se ha atrevido a contar los días de tortura y persecución que vive rumbo al trabajo o rumbo al hogar, da igual.

De ambas formas no se puede liberar ni de Urbina ni de García, quienes han hecho un trabajo de investigación minucioso para calcular los tiempos que pasa en el colegio, cuando sale a juntas extraprogramáticas con colegas o simplemente cuando pasa a algún boliche por una cerveza para apaciguar los demonios que lo persiguen desde el pasado hasta el presente:

Urbina manejaba. García estaba a su lado. Solo pude ver sus siluetas, distorsionadas por la poca luz y la lluvia. No sé cuánto duró todo. No sé qué querían. Me pegaron un topón. Urbina aceleró la camioneta y me rozó en el parachoques trasero. No fue suave. Salté hacia adelante. No frené. Aceleré un poco. Ellos aceleraron también. Me pegaron de nuevo, dos veces. Mi cuerpo se sacudió hacia adelante. Cualquier resto de la borrachera desapareció. Toqué la



bocina de modo frenético. Ellos siguieron detrás. Se acercaron de nuevo. Empecé a sudar frío. El miedo me paralizó. Aceleré. Casi me di vuelta en una curva. Sentí cómo el auto se resbalaba sobre el camino mojado. Creí que todo terminaba ahí (Bisama, 2016: 199).

La libertad del padre está siendo censurada en cada momento, ya que Urbina y García no se cansarán hasta lograr que el profesor rompa en la locura y se despoje de su gato. “Dijo: lo que vino fue predecible. Lo que vino fue confuso. Urbina y García siguieron acosándome. Una tarde a la salida del colegio, Urbina trató de atropellarme. La costilla me dejó de doler. Mi cuerpo se tragó los moretones” (Bisama, 2016: 213). De esta manera, el padre deberá tomar una medida de resguardo ante el incesante acoso. Comprará, a través del mercado informal con ayuda de un exalumno, una escopeta recortada con la cual se cuidará ante un eventual hostigamiento que comprometa nuevamente su salud. De a poco se va interiorizando en el mundo que tanto repudió; hablamos del mundo de las armas: “Algunas noches miraba la escopeta y la caja con perdigones. Aprendí a armarla y desarmarla” (Bisama, 2016: 213).

Luego recibirá la señal de alerta por parte de Urbina, donde éste le da un ultimátum respecto de entregar voluntariamente al gato. Le advierte que irán por él al día siguiente. Que se apronte a las consecuencias:

Las cosas de las que huía me habían alcanzado. Eso lo supe una tarde en que Urbina se me acercó por la espalda en el mercado de Dalcahue. Urbina me dijo: se acabó. Mañana por la mañana vamos por el gato. No le vi la cara. Su voz era más ronca de lo que recordaba. No me di vuelta. Me quedé de pie, con los ojos abiertos, con la mirada concentrada en un cartel donde aparecía el dibujo de un pollo. Me quedé vacío. Traté de concentrarme en el dibujo. Una vendedora me preguntó qué me pasaba. Pensaba que había tenido un ataque de ausencia (Bisama, 2016: 215).

Esta amenaza terminó por descolocar al padre, quien no pensó que en algún momento tendría que llegar a defender a Copito con su vida, aunque en el acto se pusiera en disputa la vida de una persona:

Tocaron a la puerta. Abrí. Los hice pasar. García me dijo que estaba bien que recapacitara. Que estaba bien que les entregase al gato. Me dijo que había seguido

matando. Las bandadas venían al sur y él las mataba. Que no se había detenido. Que había diezmado a una especie. Le pregunté qué iban a hacer con él. Urbina dijo que lo iban a sacrificar. Que eso era lo que se hacía en estos casos. García llevaba un rifle. El rifle era nuevo. Me quedé en silencio. Me senté en un sillón. Ellos se habían quedado de pie. Le dije a Urbina que el gato ya no estaba en la casa, que no podía hacer nada. Se lanzaron sobre mí. Esperaba ese momento. Se habían contenido por meses. Por semanas. Yo tenía la escopeta cargada. Bajo el sillón. Le disparé a Urbina a quemarropa. Cayó inmediatamente. Algunos perdigones alcanzaron a García en el brazo. El disparo me sacudió. Me pegué en el codo con el retroceso. No sentí nada. Creí no sentir nada, dijo mi padre. García levantó el rifle. Yo no estaba ahí. Me miré desde fuera. Abrí la boca. Algo huyó de mi cuerpo. La luz. El ectoplasma. Cargué el arma y le disparé a García. Cayó al suelo. Quedé sordo. Cualquier luz que hubiese en el mundo fue devorada por el sonido del arma (Bisama, 2016: 216).

El asesinato de los inspectores del SAG viene a marcar un antes y un después en la vida del padre, ya que no sentirá más el hostigamiento y el asedio día tras día. Ahora viene la reflexión respecto del uso del arma, donde las balas ayudan a liberar aquel peso sofocante, pero también convierten al padre en un muerto en vida. “Me volví un fantasma. Desaparecí. Tú viste las huellas. Los fantasmas no hablan” (Bisama, 2016: 217).

Se convertirá en un hombre errante, entre los rincones de la isla, un brujo que cambia con las hierbas que provee la naturaleza. Será un hombre místico, transformado por los pesares, la hierba verde jugará un papel importante en la visión de mundo que ahora tiene el padre de su entorno: “Me encerré en la oscuridad. Me encorvé. Me volví invisible. No entendí lo que decían las voces. La marihuana negra me calmó y me curó” (Bisama, 2016: 220).

La muerte genera una transformación importante en el padre, ya que se desprende de todo lo material, busca un nuevo hogar que solo tenga como música las olas del mar y el eco de una cueva: “La cueva es el lugar adonde huyen las almas, me dijeron. Fui hacia ella. No fue difícil bajar” (Bisama, 2016: 221).

Hacia el fin de los días, el padre decide vivir en una cueva, apartado de todo contacto con lo humano, con aquello que busca dañar y hacerse daño. Confía en pasar los últimos momentos con su hijo, para luego despedirse y comenzar una vida lejos del ruido, lejos de la

tristeza, sólo buscando flashes de paisaje natural donde se consigue la verdadera conexión del ser. Por lo mismo la relación del padre y del hijo termina de la siguiente manera:

El modo en que la luz se está apagando en el mundo, dijo mi padre. Entonces llegaste tú. Te esperaba. Me dio alegría verte. Estás bien. Afuera el mundo sigue. Afuera existe el tiempo. Afuera todo se desliza hacia alguna parte, dijo y yo me quedé mirándolo y miré la cueva y el mar y supe que iba a ser la última vez que lo viera y quise abrazarlo, pero no pude y luego él dejó de hablar y nos quedamos en silencio, observando cómo el mar reflejaba ese cielo que se volvía negro mientras sobre nosotros comenzaba a dibujarse una tormenta (Bisama, 2016: 223).

De esta manera, el padre termina por transformar su vida, compartiendo con su hijo los últimos momentos antes de partir hacia la cueva. Dejando atrás los problemas, resolviendo su vida y la relación con su hijo. Dejando un testimonio vivo respecto de lo complejo que es sobrevivir a la Dictadura sin tener que recordar hechos que cuestionan el existir, como lo sería venir a este mundo para ser atropellado por la misma sociedad que se levanta contra ti.

### **Conclusiones**

Es importante comenzar la conclusión de este trabajo investigativo señalando que hoy en día la literatura se ha puesto al servicio de mantener viva la memoria histórica en este país. País que al parecer quiere olvidar su pasado. Actualmente los libros, cuentos y novelas no solo están compuestos por ficciones, suspenso, dramas. Hoy existen novelas que relatan historias ambientadas en épocas pasadas, tomando como núcleo central alguna bandera de lucha que se quiere botar al suelo. Hoy se reconfortan los vencidos y encuentran algún tipo

de consuelo en las líneas de escritores como Álvaro Bisama, quien es parte de una corriente de escritores contemporáneos, los que han decidido contribuir con la historia de este país. Y esto lo hacen a través de lo que saben hacer muy bien, o sea, por medio de la literatura. Bisama nos relata la historia de un personaje que hoy sería uno más de los tantos que se dedican ya sea como pasatiempo o por profesión a la fotografía, pero en esos años significaba ser un activo opositor a la Dictadura que llevaba la dirección del país.

Nuestra indagación tuvo como fin demostrar de la mejor manera posible cómo el escritor chileno Álvaro Bisama en *El Brujo* trata de mantener viva la memoria histórica en Chile. A nuestro parecer esto lo fue desarrollando a través de una historia que a los ojos de cualquier lector es muy entretenida, ya que es de una lectura fácil y rápida. En la novela podemos encontrar desde tintes policíacos de drama y hasta suspenso. La ambientación en los años 80 en Chile nos pareció acertada y los detalles de las manifestaciones remiten a la historia real de nuestro país, a lo que realmente sucedía en Chile durante esos años.

También queremos destacar la vida sufrida y castigada que tuvieron muchos de nuestros compatriotas opositores al régimen, más allá de las terribles torturas que vivieron, tanto físicas como psicológicas. Lo que nos interesa es mostrar la capacidad de ponerse de pie ante tales situaciones y cómo Bisama con su obra logra mantener la historia encendida aún. Por otra parte, es de suma importancia compartir el sufrimiento de cientos de familias que aún luchan y claman justicia por los detenidos desaparecidos o simplemente por las personas que un día salieron con la idea de cambiar el país y como respuesta sólo encontraron fuego y miseria.

Por lo mismo, consideramos importante la utilización de un marco teórico pertinente a nuestra investigación, como lo es el aporte que entrega Beatriz Sarlo por medio de su reflexión sobre la memoria histórica. Sarlo vuelve a las vivencias de los silenciados por medio de testigos que apelan al recuerdo del pasado para así hacerlos presente en nuestros días. No se debe olvidar el sufrimiento producido por una Dictadura. Sarlo se apodera del testimonio como clave de justicia en América Latina. En este caso, centrado en lo ocurrido en el Chile de los años setenta y ochenta.

La novela se centra en sucesos que se mezclan con lo místico, como el proceso de chamanización que vive el personaje hacia el final de sus días, apartándose del entorno social,

viviendo como un brujo entre las cuevas, volviendo a conectarse consigo mismo, dejando todos los recuerdos de torturas y asesinatos atrás.

El aprendizaje que se desprende de este trabajo de investigación tiene como objetivo evidenciar la naturalización de los problemas desarrollados en Dictadura, para luego tener que pasar por un proceso de experimentación y adecuación. Esto se refleja en los últimos días del padre, donde ir a la isla y vivir en ella significó apartarse del ruido, acercarse a la soledad y a la contemplación del paisaje, viviendo como un brujo, curándose con marihuana negra.

El hijo puede ser cualquier familiar o más bien cualquier estandarte de lucha en la reconstrucción de un pasado que clama por justicia que merece ser escuchado. A través de un personaje testigo, Álvaro Bisama logra encapsular todos los momentos de una vida en particular atrapada en la ficcionalidad, pero que puede ser reconocida en la vida de cualquier persona torturada y dañada en tiempos de Dictadura.

### **Bibliografía**

- Amaro, Lorena. (2016). “La enfermedad de la luz El Brujo, Álvaro Bisama, Alfaguara, 2016”, en en sitio Web Revista Santiago. Disponible en <http://letras.mysite.com/lama190417.html>
- Bisama, Álvaro. (2016). *El Brujo*. Chile: Alfaguara.

Equipo Revista Terminal. (2013). “El último poema de Víctor Jara”, en sitio Web de Revista Terminal. Disponible en <http://revistaterminal.cl/web/2013/09/el-ultimo-poema-de-victor-jara/>

Escobar, Joaquín. (2016). “Álvaro Bisama: El Brujo. Por Joaquín Escobar, en en SitioWeb Revista Lecturas. Disponible en <http://www.revistalecturas.cl/alvaro-bisama-el-brujo-por-joaquin-escobar/>

Grondona, R. [RamónGrondona]. (2017, mayo 26). La ciudad de los fotógrafos [Archivo de vídeo]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=8CMIldmuZi24>

Hidalgo, Daniel. (2016). “Álvaro Bisama: Amor para stranger things y piedrazos a las películas de superhéroes”, en sitio Web Pousta. Disponible en <https://pousta.com/alvaro-bisama-entrevista-el-brujo/>

Mapuexpress. (2015). “Memoria viva, memoria activa: Fragmento de la realidad, a 42 años del golpe de estado, exhibición en Museo Regional de Temuco”, en en sitio Web Mapuexpress. Disponible en <http://www.mapuexpress.org/?p=4027>

Memoria chilena. (2010). “Campo de concentración y tortura”, en Memoria chilena. Disponible en <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-92649.html>

Memoria Viva. (2015). “César Manríquez Bravo”, en Proyecto Internacional de Derechos Humanos. Disponible en [https://www.memoriaviva.com/criminales/criminales\\_m/manriquez\\_bravo\\_cesar.htm](https://www.memoriaviva.com/criminales/criminales_m/manriquez_bravo_cesar.htm)

Mosciatti, Ezio. (2016). “Álvaro Bisama: El brujo o la historia del reportero gráfico que sus fotos enfermaron”, en en sitio Web Radio BíoBío. Disponible en <https://www.biobiochile.cl/noticias/artes-y-cultura/libros/2016/09/12/alvaro-bisama-el-brujo-o-la-historia-del-reportero-grafico-que-sus-fotos-enfermaron.shtml>

Muñoz, E. [EnriqueMuñoz]. (2013, febrero 19). Estadio Nacional [Archivo de vídeo]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=BTvXQPxwrcw>

Notimérica. (2017). “Tortura y asesinato de Víctor Jara, sus dramáticos últimos días de vida” en sitio Web de Notimérica. Disponible en

<https://www.notimerica.com/sociedad/noticia-tortura-asesinato-victor-jara-dramaticos-ultimos-dias-vida-20160916114852.html>

Sarlo, Beatriz. (2012). *Tiempo pasado: cultura de la memoria y giro subjetivo, una discusión*. Argentina: Siglo Veintiuno Editores.

Schwenke, Gonzalo. (2017). “La novela testimonial sobre la insubordinación de jóvenes sureños que lucharon contra la Dictadura”, en sitio Web El Mostrador. Disponible en <https://www.elmostrador.cl/cultura/2017/02/21/la-novela-testimonial-sobre-la-insubordinacion-de-jovenes-surenos-que-lucharon-contra-la-dictadura/?fbclid=IwAR1dAgvdMUrecUMHFQnefW22qBEjqpOPsiDA8MOHAZLct24JJXiVfro8pt8>

Tribunal Calificador. (1988). “Sentencia Plebiscito 1988”, en sitio Web del Tribunal Calificador de Elecciones. Disponible en <http://www.tribunalcalificador.cl/resultados-electorales/>

Valdés, Mario. (2012). “El Golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 en Concepción (Chile). Las voces de los testigos”, en sitio Web Departamento de Ciencias históricas de la Universidad de Chile. Disponible en [https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0719-12432012000200006#nota13](https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0719-12432012000200006#nota13)